

ISSN: 1659-2220

AÑO 1 · SETIEMBRE DE 2005 · No. 1

BOLETÍN  
DE LA  
ACADEMIA COSTARRICENSE  
DE LA LENGUA

TERCERA ÉPOCA



SAN JOSÉ, COSTA RICA

COMISIÓN EDITORIAL

*DANIEL GALLEGOS TROYO*

*EMILIA MACAYA TREJOS*

*ESTRELLA CARTÍN DE GUIER*

460.6

B688b Boletín de la Academia Costarricense de la  
Lengua. - - San José : Imprenta Nacional.  
v.

ISSN: 1659-2220

1. Academia Costarricense de la Lengua -  
Boletines. I. Título.

DGB / PT

90-04

## SUMARIO

Miembros de la Academia Costarricense de la Lengua . . . . .	5
Necrología . . . . .	7
Presentación . . . . .	9
La aleatoriedad de las vocaciones y otros aforismos . . . . .	15
La personalidad y la obra de Durán Ayanegui . . . . .	31
Reflexiones en torno a la novela <i>El pasado es un extraño país</i> . . . . .	43
Literatura e identidad nacional . . . . .	51
¡Enhorabuena, Cocorí! . . . . .	59
Juan Durán Luzio: <i>Senderos de Identidad (Diez ensayos sobre literatura costarricense)</i> . . . . .	63
Algunos aspectos lingüísticos y socioculturales de la influencia de las lenguas indígenas en las variedades americanas del español . . . . .	65
Jézer González: El maestro, el novelista . . . . .	87
In memoriam, Jézer González . . . . .	93
Maestro y amigo . . . . .	95



MIEMBROS  
DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE  
DE LA LENGUA

Alberto Cañas Escalante, *Director*  
Fernando Durán Ayanegui, *Secretario*  
Estrella Cartín de Guier, *Tesorera*  
Eugenio Rodríguez Vega  
Virginia Sandoval de Fonseca  
Jézer González Picado †  
Carmen Naranjo Coto  
Daniel Gallegos Troyo  
Julieta Pinto González  
Adolfo Constenla Umaña  
Arnoldo Mora Rodríguez  
Samuel Rovinsky Gruzco  
Miguel A. Quesada Pacheco  
Emilia Macaya Trejos  
Laureano Albán  
Rafael Angel Herra  
Julieta Dobles Izaguirre (electa)  
Amalia Chaverri (electa)



La Asamblea de la Academia Costarricense de la Lengua y la Dirección de este Boletín pasan por la pena de comunicar el fallecimiento del doctor Jézer González Picado, Miembro de Número de nuestra Corporación, acaecido el 23 de agosto pasado.

Don Jézer desempeñó un destacado papel en el seno de la Academia, a la que se incorporó el 9 de octubre de 1989.

En este primer número de la Tercera Época del Boletín, aparecen un artículo y un discurso de don Jézer, y varios artículos sobre el recordado académico, firmados por miembros de la Academia Costarricense de la Lengua.

Paz a sus restos.





# PRESENTACIÓN

---

*Alberto Cañas Escalante,  
Director*

**T**RAS un período de silencio, la Academia Costarricense de la Lengua reanuda la publicación de su boletín oficial, esta vez con el apoyo y patrocinio de la Universidad de Costa Rica y la Universidad Estatal a Distancia, que nos lo prestan por medio de sus respectivas editoriales. Sea éste el lugar donde expresamos nuestra gratitud a las autoridades respectivas

En los últimos años, nuestra actividad se ha incrementado, dado el creciente contacto que se viene produciendo entre todas las academias (la española, las hispanoamericanas, la norteamericana y la filipina) por medio de la asociación que han formado con sede en Madrid, fomentada con mucho énfasis por la española, y que hoy cuenta con un presupuesto muy cómodo gracias al Premio Príncipe de Asturias que le concedieron en el 2001. Hoy el Diccionario de la Real Academia Española, diccionario oficial de nuestra lengua, es el producto de la labor conjunta de las veintidós academias existentes. La presencia de Costa Rica, pongo por ejemplo, en la elaboración del diccionario, que hace dos décadas era ocasional y mediante turnos, hoy es permanente y está a cargo del académico Miguel Ángel Quesada. Y no tengo ningún reparo en manifestar que la presencia de la Academia Costarricense en todos los actos, congresos y reuniones internacionales, ha sido posible, dado el ínfimo y en ocasiones inexistente subsidio que recibe del gobierno de Costa Rica, a la prontitud con que la Academia Española ayuda a las similares que no están debida y suficientemente respaldadas financieramente por los gobiernos respectivos.

En este boletín se publicarán los documentos oficiales de la Academia Costarricense: sus aportes a los debates entre academias sobre

temas referentes a la nueva gramática española que se prepara, los discursos de incorporación de nuestros académicos, los estudios especiales que ellos hagan, las respuestas que la Academia Costarricense dé a las consultas de interés general que reciba, y en general todo aquello que sea atingente con el idioma y con el ejercicio de las letras.

Por el momento, hemos pensado que este boletín aparezca cada semestre, aunque acariciamos la idea de que pueda llegar a ser más frecuente y, por supuesto, la de que desde ahora sea un órgano de comunicación destinado a todos los interesados en la lengua y en las letras, con un énfasis natural en las letras costarricenses.

Es de importancia consignar aquí que por fin el gobierno de Costa Rica cumplió con su compromiso internacional de 1960 de dotar de sede digna a nuestra Academia, fijándola en el antiguo edificio del Banco Anglo Costarricense en la Avenida Fernández Güell, que compartirá con otras entidades doctas, como el Instituto de Cultura Hispánica y la Academia de la Historia. La Real Academia Española nos ha obsequiado una biblioteca (parte de lo que fue la biblioteca personal de Dámaso Alonso, poeta y académico de la lengua que profesó en la Universidad de Costa Rica), que esperamos poner al servicio del público cuando nos instalemos en nuestra nueva sede. Para ello, naturalmente, necesitamos contar con personal suficiente, y confiamos en que el gobierno del presidente Pacheco nos provea de los fondos que requeriremos para funcionar debidamente en el hermoso edificio que nos ha cedido.

La *Academia Costarricense de la Lengua* fue fundada en 1923. El movimiento literario de Costa Rica era escaso, la actividad editorial nula, y el carecer el país de una universidad hacía difícil la existencia de filólogos. Así, fue fundada por hombres de letras y hombres aficionados a las letras, por hombres cultos y hombres amantes de la lengua castellana. Pero su integración fue muy distinta a la actual, 82 años después, dada la evolución y transformación culturales del país.

La constituyeron catorce personajes relevantes de la época. Esta es la lista.

**JULIO ACOSTA.** Era el Presidente de la República, pero se le conocía además como hombre de letras, amante de la cultura, y cultivador esmerado del idioma. No escribió nunca un libro, pero sus artículos sobre temas históricos y filosóficos publicados en periódicos y revistas, fueron siempre de alta calidad. Una de las editoriales universitarias estudia actualmente la posibilidad de publicar la obra completa de este estadista y escritor. Falleció en 1954.

**JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER.** Fue el único poeta llamado a integrar la naciente Academia de la Lengua. Su extensa obra, de marcado acento religioso, no ha sido rescatada por el fuerte movimiento editorial de las últimas décadas, de manera que debemos reconocer que es un poeta olvidado. Injustamente olvidado, cabría agregar. Falleció en 1938

**ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS.** Ensayista y crítico literario. Abogado, se distinguió por sus posiciones fuertemente nacionalistas a su paso por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que desempeñaba cuando se fundó la Academia. Fue uno de los principales animadores del Ateneo de Costa Rica en su época de auge (segunda década del siglo XX). Al abrirse la Universidad de Costa Rica, fue su primer rector. Falleció en 1945.

**FABIO BAUDRIT.** Abogado de profesión, fue un celebrado humorista desde las columnas de la prensa. Ocasionalmente figuró en política, y fue Primer Designado (o sea Primer Vicepresidente de la República en el lenguaje actual) en el periodo 1928-1932. Su obra, dispersa en periódicos y revistas, fue recopilada por la Universidad de Costa Rica y objeto de una segunda edición muy exitosa por parte de la Editorial Costa Rica. Falleció en 1954.

**ALBERTO BRENES CÓRDOBA.** Jurisconsulto y autor de tres libros fundamentales sobre el derecho civil costarricense, que todavía son de consulta casi

obligatoria, y de una Historia del Derecho. Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, fue también un excelente prosista. Falleció en 1942.

ALBERTO ECHANDI. Abogado, filántropo y político prestigioso. Cuando se fundó la Academia era candidato a la Presidencia de la República, curiosamente, el único de los tres aspirantes de ese momento que carecía de veleidades literarias. Fue Ministro de Fomento en 1914 y de Relaciones Exteriores de 1940 a 1944, año en que falleció.

JUSTO A. FACIO. Poeta y educador, nació en Panamá pero se afincó en Costa Rica desde su juventud. La crítica reciente lo estima como nuestro más importante poeta anterior al modernismo, y su obra está en proceso de exhumación por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. Falleció en 1931, siendo Ministro de Educación.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA. Historiador, narrador y dramaturgo, más conocido en la primera de esas actividades, pero de labor brillante en las otras. La publicación de su primer libro de cuentos, *Hojarasca*, en 1895, dio lugar a una polémica que se considera seminal en la formación de la literatura costarricense. Su segundo libro de relatos *Cuentos Ticos* es un clásico de nuestra literatura, y su comedia *Magdalena* el punto de partida de nuestro teatro. Falleció en 1950.

CARLOS GAGINI. Filólogo, educador y literato. Su *Diccionario de Costarricenseñismos* fue una contribución enorme al estudio de nuestra lengua, y referencia obligada para los que siguieron luego. Sus novelas han sido populares principalmente la ficción anti-imperialista *La Caída del Águila*, y su producción teatral, sencilla y sin pretensiones, sigue siendo popular en las escuelas y colegios. Sus memorias, *A Través de mi Vida*, está altamente considerada como documento y como literatura. Falleció en 1925.

JOAQUÍN GARCÍA MONGE. El "maestro" costarricense por antonomasia. De origen campesino, se graduó como profesor de enseñanza media en Chile, ejerció durante largos años, y fue, por mucho tiempo, director de la Biblioteca Nacional. Publicó tres novelas juveniles, y un magnífico libro de cuentos años más tarde. Su revista *Ariel* tuvo mucha influencia en el país, y *Repertorio Americano*, que publicó desde 1920 hasta su muerte, en 1959, tuvo resonancia continental. Fue Ministro de Educación en 1919. Se separó de la Academia con ocasión de la victoria franquista en la Guerra Civil Española.

CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO. Novelista muy apreciado en la primera década del siglo, perdió popularidad con el transcurso de los años, y la exhumación de su obra por la Editorial Costa Rica, en la década de 1970 fue recibida con frialdad, pues la nueva generación la encontró anticuada y sentimental. Breves relatos y ensayos suyos prevalecen. Falleció en 1928.

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ. Abogado, historiador y político. Presidente de la República en dos ocasiones (1906-1910 y 1928-1932), le han proclamado “padre de la democracia costarricense”, pues fue es su primera administración la que dió el ejemplo, para el futuro, del más absoluto respeto de las libertades ciudadanas, y la más intransigente probidad en materia electoral. Sus obras históricas son de gran valor. Falleció en 1937.

GREGORIO MARTÉN. Abogado de profesión, y hombre muy cercano a la vida cultural, fue director de la Escuela de Derecho en la época en que ésta pertenecía al Colegio de Abogados, y se jubiló de ella cuando ya era parte de la recién nacida Universidad de Costa Rica.

GUILLERMO VARGAS CALVO. Periodista, y el primero entre los muchos de su profesión que han pasado por la Academia. Dueño de un estilo personal y vigoroso, fue uno de los periodistas combativos de su época y muy respetado por su energía y probidad. Falleció en 1933.



# LA ALEATOREIDAD DE LAS VOCACIONES Y OTROS AFORISMOS

*Primer anexo del acta de la Sesión Extraordinaria de la Academia Costarricense de la Lengua, celebrada el 17 de diciembre de 2003, en la sala de conferencias de la Exposición Permanente de la Edición Costarricense. Discurso de incorporación, como miembro de número, del D. Fernando Durán Ayanegui.*

**A**nigas y amigos visitantes, distinguidas señoras y distinguidos señores miembros de la Academia Costarricense de la Lengua: Agradezco profundamente el privilegio que me fue otorgado con la invitación a formar parte de esta prestigiosa Academia. No es menor mi agradecimiento por la condescendencia de que fui objeto mientras incurrí en el imperdonable pecado de la procrastinación. En efecto, cuando por primera vez acepté la honrosa convocatoria a integrarme a esta congregación, adquirí el compromiso de hacer mi presentación iniciática dentro de un plazo que fue prorrogado más allá de toda razonable tolerancia. Comprometido aún más por vuestra lenidad, me apresuro a explicar que la única justificación de mi tardanza se encuentra en el autoconvencimiento de que, cualesquiera que sean mis méritos, no están a la altura de tanta generosidad.

De modo, eminentes compañeras y compañeros de la Academia, distinguidos visitantes, queridos amigos, que no vengo, como hay derecho a esperarlo, a exponer aquí una tesis académica o científica sobre un tema literario, lingüístico o filosófico. Al menos en tres oportunidades condené a la aniquilación lo que en momentos de debilidad creí que podrían ser textos dignos de vuestra calificada atención y todavía temo que el que hoy me atrevo a presentar tampoco posea la dignidad que corresponde.

Pese a todo, confío en que mi muy leve y no tan breve disertación sea recibida con benevolencia. Al menos en lo que corresponde a esta lectura,

es lamentable el lastre que significa mi resistencia a hacer discursos leídos, algo que sí practiqué, por deber institucional, solamente mientras fui rector de la Universidad de Costa Rica y así lo exigía el ritual de ciertas ceremonias. Pero aparte de esa circunstancia, solo recuerdo haber premeditado un discurso en aquella ocasión en que, por haber sido buen muchacho durante tres años bajo disciplina militar, me tocó hablar en un acto de graduación presidido por el Mayor General Fulgencio Batista y Zaldívar. ¿Podéis imaginar cuán difícil fue preparar un texto que de ninguna manera pudiera ser interpretado como tributo o alabanza al tirano de Cuba?

Por otra parte, me complace traducir, de los cuadernos de Emil Cioran, aquel apunte según el cual “nada exaspera más que leer a un filósofo o un crítico que nos dice en cada página que su método es ‘revolucionario’, que aquello que él afirma es importante, que se trata de algo nunca dicho antes, etc. etc. ¡Como si el lector no fuera capaz de juzgar por sus propios medios! Eso, sin contar con que una invención de la que uno es demasiado consciente tiene algo de indecencia. La originalidad debe ser sentida por los demás, no por uno mismo”.

Entiendo que fui llamado a integrar esta cofradía porque mis distinguidas y distinguidos colegas atribuyen algún mérito a mi contribución a la literatura costarricense, pero a fe que tal contribución es, además de magra, precaria. Sospecho que en no lejano día, cuando el abundoso contingente de postulantes a la licenciatura de nuestras universidades haya agotado todos los temas propios de los estudios literarios, un distraído y quizás mal orientado estudiante asumirá, en su proyecto de graduación, el examen de mi caso y descubrirá, por fortuna póstumamente en lo que me concierne, que en mi mal llamada obra literaria la tendencia a la brevedad narrativa y al aforismo no representa sino la admisión de que en este ámbito, como en tantos otros, estuve destinado a ser un tanto ocioso y un tanto superficial. Se justifica así que recurra nuevamente a Cioran para opinar que “quienquiera que pretenda dejar una obra no ha comprendido nada. Es necesario aprender a emanciparse de lo que uno hace. Hace falta, sobre todo, renunciar a tener un nombre, incluso a portar uno. Morir inadvertido, es posible que en eso consista la gracia”.

A este respecto, cuento con la opinión de un ánima que, estoy seguro, todos consideramos autorizada: el doctor Constantino Láscaris. Quien ahora lee frente a ustedes era Vicerrector de Docencia de la Universidad



de Costa Rica y se encontraba ya envuelto en los ajetreos académicos y políticos que lo llevarían a la Rectoría en algún momento. A la postre, y para mi orgullo, el doctor Teodoro Olarte y este orador éramos, uno del otro, el vecino del frente, habitantes de sendas viviendas nada ostentosas en el nada ostentoso Barrio Vargas Araya, un vecindario de acento más bien obrero cercano a la Universidad. Como don Constantino era amigo de don Teodoro, visitaba con frecuencia a aquel vasco impenitente y tal circunstancia hizo que entre ambos filósofos y este alajuelense tan ajeno a la Filosofía surgiera una familiaridad casi doméstica, mucho más entrañable que la fraternidad académica, y sin duda reforzada por la admiración que yo sentía por ambos.

Cierta tarde, el destino nos atrapó a don Constantino Láscaris y a este servidor de ustedes en una escena muy improbable: el Vicerrector se atareaba subido en el techo de su casa, dedicado a la urgente tarea de tapar una gotera y desembarazar de hojas perdidas los desagües de las canoas; recién salido de la casa de don Teodoro, el doctor Lácaris vino a plantarse en la acera de enfrente y, como si estuviésemos en la ya para entonces mítica soda de la desaparecida Facultad de Ciencias y Letras, armamos palique y terminamos, él de pie en la acera y quien les habla sentado en el techo, conversando las horas muertas. Recuerdo que la línea final de aquella conversación de barrio fue una lapidaria afirmación del Filósofo: "Señor Vicerrector, yo creo que usted sería más feliz si se hubiese dedicado a la bohemia".

Yo también estoy convencido de que el mero dominio de cierto oficio o cierto artificio idiomático no es credencial para el ingreso a la categoría de los escritores, y tal convicción añade otro motivo de perplejidad frente a la designación que hoy me trae a este estrado. Sin embargo, debo reconocer esta mañana que mis vanos intentos literarios me depararon muchas satisfacciones, entre las cuales figura la aprobación y el estímulo generosos que recibí, a lo largo de mi llamada carrera literaria, de dos maestros que hoy son miembros de número de esta Academia: don Alberto Cañas y don Jézer González.

A don Alberto le debo el milagro de haber visto publicado mi primer intento literario en un suplemento dominical del periódico La República. Corrían las primeras semanas del año 1960 cuando tuve la no muy esperanzada ocurrencia de enviar al diario el manuscrito (literalmente el manuscrito porque era de mi puño y letra e iba entintado en un cuaderno

escolar) de un relato titulado “Zapatos” que comenzaba pedestremente de la siguiente manera: “Pedrito caminaba por una callejuela del barrio Sagrada Familia”. Para mi sorpresa, y en beneficio de mi ego de estudiante de segundo año de universidad, el cuento apareció en letra impresa encabezado por una cortísima nota de don Alberto Cañas que marcó para siempre mi vida, al hacerme creer que algún día podría llamarme escritor. En cuanto profeta, don Alberto no fue muy acertado en este caso, pero en cuanto maestro generoso y constante, le debo agradecimiento y admiración.

Es para mí un honor inconmensurable saber que el Académico que me hará la réplica esta noche es el doctor Jézer González, ilustre profesor que representa uno de los más elevados ejemplos de sabiduría, amistad, lealtad y desprendimiento que se hayan conocido en la Universidad de Costa Rica. Profundo, magistral en el más legítimo sentido de la palabra, don Jézer es para mí el gran pedagogo, el gran enseñante, pese a que nunca fui su alumno formal. Estoy seguro de que nadie ha sido más obsesivo que él en declararle de manera pública méritos a mi obra literaria, pero debo decir que sus conversaciones privadas han sido la fuente de críticas y de enseñanzas a las que debo los pocos aciertos literarios en los que yo pudiera haber incurrido. Y, en una dimensión más importante, cuando el azar me llevó a asumir funciones de dirección académica en la Universidad de Costa Rica, don Jézer fue siempre un leal y desinteresado consejero. Es muy probable que él no se haya percatado plenamente de la gran influencia que sus observaciones, llenas de rigor y de nobleza, ejercieron sobre mis actos en aquella época. Siempre me preguntaré cuántos de mis múltiples errores habría evitado si hubiera recurrido con más frecuencia al consejo de don Jézer. Esas son las razones por las cuales el honor que hoy se me confiere se centuplicará cuando reciba la acolada de parte del doctor González.

Hace ya más de mil días alcancé inadvertidamente la involuntaria condición de sexagenario superviviente. Creo no estar equivocado si afirmo que la vejez es tan solo una categoría más entre aquellas a las que la naturaleza nos obliga a título temporal, pero no debemos olvidar que en buena etimología categorizar significa “acusar de” (Egó Kategoriskós se titula en griego moderno el conocido texto de Zola), de donde es razonable inferir que me estoy acusando de ser un viejo existencial, que me estoy acusando de haber interiorizado la vejez con una serenidad en

nada comparable a la torpe agitación con que asumí en el pasado las etapas de la niñez, la juventud y la madurez.

Ahora bien, al preguntarme cuál es el atributo más distintivo de mi actual condición etaria, descubro que en la tradición hispanoamericana se ha perdido bastante el aprecio por la experiencia individual, un aprecio que en el pasado les daba brillo y dignidad a los pares de adjetivos (y de sustantivos) viejo-vieja y anciano-anciana. Por ello me veo obligado a ejercer un acto de violencia sobre el idioma que supuestamente debemos proteger, llamando a las filas de la moda un nuevo y, como casi todos, innecesario eufemismo: pido venia para decretar que los vocablos vejez y ancianidad sean sustituidos por la palabra perspectiva. Mi propuesta está acorde con el hecho de que la época actual parece ser, por excelencia, la del recoveco lingüístico, la del temor a los significados precisos, la época de la nueva confusión babélica causada por un empleo rebuscado y, a veces, corrupto de las sinonimias. Especialmente en boca y en la pluma de los comunicadores sociales -y me pregunto si existe, acaso, una comunicación que no sea social-, el eufemismo, dictadura del engolamiento y de la fingida corrección política, se ha convertido en Apocalipsis de la seguridad glótica. Hay una verdadera convocatoria a la esquizofrenia en los esfuerzos que hacen muchos comunicadores por ocultar la debilidad de ciertas ideas mediante el recurso a la metáfora de rastracero, para apenas alcanzar como resultado extremo el lugar común o el oscurecimiento del mensaje.

Así, cuando, por razones misteriosas, se le atribuye a la palabra nosocomio una dignidad de la que carecen los términos clínica y hospital, me pregunto si la cultura de nuestra época no nos ha impuesto coturnos lingüísticos para elevar artificialmente la capacidad comunicativa de quienes divulgan y difunden, desde los medios de comunicación de masas, las cambiantes consignas de la moda y la manipulación política.

Tampoco entiendo cómo se pretende disimular las ignominias del sistema carcelario con solo transformar a los presos, condenados, o presidiarios, en privados de libertad, uno de esos logográficos conceptos que denuncian a periodistas y políticos poco imaginativos. ¿No hay en tan penoso eufemismo, un tufo del "Arbeit Macht Frei", la odiosa consigna inaugurada por el nazismo en la fachada del campo de concentración de Dachau? ¿Será, acaso, que George Washington y Thomas Jefferson, quienes, pese a su condición de padres de una novedosa y ejemplar

República democrática y cristiana, continuaron ejerciendo sin fardo ni arrepentimiento el anticristiano oficio de comerciantes y explotadores de esclavos, consideraban que sus pertenencias eran “seres humanos desprovistos de libertad”? ¿Podríamos imaginar a Miguel de Cervantes en el acto de llamar a los galeotes algo así como “voluntarios atletas de la navegación lacustre, fluvial y marítima”?

Menos aún alcanzo a comprender por qué razón hoy, cuando a todas luces el sistema costarricense de educación general hace aguas en un mar de mediocridad y despreocupación, los que en mi tiempo conocíamos como escuelas y colegios tienen que ser llamados centros o complejos educativos.

Bástenme, pues, estos tres leves ejemplos de liberalidad eufemística para no resistir la tentación de introducir aquí un término que me venga a liberar de las categorías de ciudadano de oro, ciudadano de la tercera edad o adulto mayor. Y en vista de que viejo y vejez se han metamorfoseado en palabras malsonantes o, como también suelen decir los comunicadores, políticamente incorrectas, decido que, en vez de declarar que ya tuve acceso a la vejez -y- menos aún que he accedido a ella puesto que el alcanzarla no fue mi voluntad sino imposición de natura- opino que el transcurso del tiempo no me ha hecho envejecer, sino que simplemente me ha deparado una creciente perspectiva.

Siempre he tenido conciencia de que, como bien vino a machacármelo en mi madurez el inagotable rumano francés Emil Cioran, toda la existencia humana no es más que el tiempo transcurrido entre dos amenazas: la más incierta, la puramente accidental, la más improbable, que es la concepción, y la más cierta, la más determinada, la insoslayable y precisa, que es la muerte. No es mi deseo causar alarma con un escaqueo sugerente del suicidio, pues soy un fanático de la vida y no pretendo en modo alguno renunciar a un solo segundo de la porción que me toca, que de todos modos al final consideraré insuficiente. Es tan solo que, cada vez que se ha alzado dentro de mí la voz de la ambición para invitarme a galantear con alguna pretensión de inmortalidad, o alguna mal concebida grandeza, la razón me ha llevado a creer que, como lo afirmaba uno de mis personajes humorísticos, para el ser humano individual la inmortalidad es, a lo sumo, vitalicia. E, incurriendo en la desconsiderada práctica de autocitarme, puedo decir

que mi credo fundamental quedó plasmado sin fortuna en un aforismo que tuve la descabellada idea de insertar en el opúsculoseudoliterario titulado "Aforismos sin aforo". Me decía a mí mismo:

"La vida humana es como el salto de los delfines que salen por unos pocos segundos del océano para experimentar las sensaciones del aire y del sol y enseguida vuelven al mar. Solo que a los delfines les está dado saltar innumerables veces, y al ser humano descreído de las reencarnaciones no se le concede más que una oportunidad de volar sobre la superficie del oscuro y dilatado océano de la existencia".

De modo que no es la primera vez que esta reticente víctima de la perspectividad experimenta el vértigo que provocan los diversos vacíos de la existencia. Sin embargo, en esta oportunidad voy a aprovechar vuestra amable disposición a escucharme para confesarme perdido en la inmensa fuente de frustración que hay en toda carrera académica o profesional cuando se observa desde las alturas de la perspectividad o se le descubre sometida a una serie de metamorfosis denotativas que, en mi caso, me llevaron desde la condición de obrero virtual, a la de técnico, a la de educador, a la de científico, a la de escritor y, finalmente, sin mérito discernible, a la de intelectual que hoy generosamente se me confiere pues, en efecto, considero que la condición de académico de la lengua es, por lo menos en cuanto a su definición más verosímil, la del intelectual pleno, la del intelectual sin adjetivos.

Permitidme, entonces, afirmar que cada una de las erráticas etapas de mi parábola vital no fue sino una inesperada acrobacia dictada por el azar. Nunca en mi vida me sentí verdaderamente enfrentado a lo que un orientador educativo pudiera llamar una disyuntiva vocacional. Estoy casi seguro de ser el primer miembro de esta Asamblea que alguna vez se inició en la disciplina militar, indeseable padecimiento que sufrí en una escuela preparatoria para la condición de obrero calificado o artesano, destino al que en algún momento me dirigí, en Cuba, sin haberlo planeado.

A esto debo añadir que mi madre, creyente en una de tantas consejas populares, llegó, tras especular sobre las señales observadas en mi conducta el día de mi tercer cumpleaños, a la conclusión de que mi vocación manifiesta era la de sacerdote. Paradójicamente, ella misma se encargó de frustrar aquella profecía a partir del momento en que, después de alfabetizarme ella misma, en un impensable rasgo de tolerancia ecuménica

me impuso por el resto de mi infancia la costumbre o la obligación de concurrir cada fin de semana a las incompatibles actividades religiosas de dos diferentes iglesias: la católica y la metodista. Incluso, algunas veces encontró apropiado hacerme visitar un templo adventista.

Después de la escuela vocacional, me incorporé a una institución educativa aún más militarizada, una escuela politécnica extraordinariamente parecida a la descrita por Vargas Llosa en La “Ciudad y los Perros”, y de la que espero haber emergido sin graves escaldaduras de carácter, solo contaminado por la denominación de técnico en laboratorio químico y exonerado, por ser extranjero, de la tácita invitación a seguir la carrera castrense que sí recaía sobre mis compañeros de nacionalidad cubana. Como final de mi aventura educativa antillana, fui estudiante y luego graduado como Químico Industrial de una escuela que ostentaba el improbable nombre de Escuela Superior de Artes Oficios de la Habana, “Fernando Aguado y Rico”. Valga aclarar que el ilustre tocayo de tan extraños apellidos existió realmente y fue un destacado educador cubano de entre siglos.

Heme, pues, a la edad de 17 años, producto de una secuencia educativa de seis cursos lectivos en los cuales nunca recibí una sola lección de literatura y, anegado por las asignaturas de tipo instrumental como Geografía Económica, Geometría Descriptiva, Cálculo, Inglés Técnico, Dibujo Técnico e infinidad de cursos de Química y Física, todo lo que pude aprender sobre la lengua castellana provino de unos deplorables cursos, abreviados si no recuerdo mal, de gramática y redacción. Y este es el punto al que quería llegar. Cuando, de regreso en Costa Rica, busqué la admisión en nuestra Universidad con el fin de continuar -en estos asuntos no hay sorpresas- estudios de Química, el honorable y, desde mi perspectiva, desinformado y provinciano Consejo Superior de Educación de entonces me impuso una serie de exámenes y otros requisitos que retrasaron en dos años mi acceso a la enseñanza superior. Y, por supuesto, no recuerdo haber rezado nunca por el alma de alguno de aquellos ilustres funcionarios.

De las, a mi juicio, ridículas pruebas académicas a las que debí someterme para satisfacer una folclórica ocurrencia del Consejo Superior de Educación, la que resultó a la postre más ridícula de todas fue aquella que me obligó a explorar con minuciosa exactitud el contenido de los programas de literatura de la llamada enseñanza media o secundaria de nuestro

país. Pese a que mis antecedentes académicos fueron vistos por los doctos de la educación nacional como formadores de bárbaros especializados destinados a servir a la industria o al ejército cubano, cuando leí aquellos programas me sentí escandalizado por su pobreza, su superficialidad y su irrelevancia. Cualquiera de mis compañeros de estudio de la Escuela de Artes y Oficios de La Habana o del Instituto Cívico Militar de Cuba, por definición bárbaros desde edad temprana, también se habría escandalizado.

Que los programas de Química, Física y Matemáticas sobre los cuales tuve que presentar exámenes me inspiraran menosprecio, no tiene por qué parecer extraño; pero que a simple vista me resultara deleznable un componente humanístico esencial de la enseñanza media costarricense, escapaba a mi comprensión. Y ahora, dotado, como hemos convenido, de una amplia perspectiva, puedo decir que mi observación de entonces sigue siendo, no sólo válida, sino cada vez más justificada y alarmante. Y, siempre dentro de un ánimo puramente digresivo, debo preguntarme si hay mejor lugar para hacer esta triste confesión que el seno de la Academia Costarricense de la Lengua.

Pero, al fin y al cabo, el más lamentable de los descubrimientos en que he incurrido en este terreno vino más tarde cuando, en plena perspectiva, me convencí de que las autoridades educativas de Costa Rica, vale decir, el Ministerio de Educación y sus dependencias, siguen siendo particularmente insensibles a las denuncias que a ese respecto se escuchaban ya en la década de 1950. La situación, sencillamente, ha empeorado hasta tal punto que, si me fuera permitido hacerlo, declarararía, con el perdón del Ministerio, de los maestros y de los profesores, que la enseñanza de la literatura en la escuela y el colegio costarricenses estaría mejor si fuera clausurada.

Me propongo ahora referirme a las vocaciones accidentales o no deseadas. Hasta los orientadores profesionales admitirían que la conciencia sobre lo aleatorio del destino profesional puede provocar en el individuo un desapego intelectual y, ¿por qué no reconocerlo?, una pereza mental solo comparables con el también creciente desinterés que experimentamos en la edad proecta por ciertas formas de la exaltación física. Más aún, en el caso de quien como este lamentable orador ha visto su vocación sometida a innumerables virajes, el resultado es lo que defino, eufemísticamente desde luego, como atomización aforísmica, pero que

vosotros tenéis derecho a considerar, despiadadamente, un simple caso de pensamiento disperso.

Por ello, porque en ese salto hacia la luz rumbo al olvido que fue mi cabriola de delfín sobre las aguas, nunca tuve la oportunidad o la voluntad de consolidar vocación permanente alguna, he interpretado que debo pergeñar aquí, en lo que al final podría resultar un mero anecdótico, algunas reflexiones sobre lo que deberíamos llamar, en lenguaje ni posmoderno ni capitalista, mi desordenada e inútil acumulación de perspectiva. No se trata, desde luego, de escribir mis memorias, pues considero que la práctica de esa forma de tortura es prerrogativa tan solo de quienes aún aspiran a algún grado de esa inmortalidad a la que ya le he dedicado suficiente ludibrio.

Es lícito deducir, del prolijo aforismo personal que he citado, que la decisión, urdida por la naturaleza, de crear las minuciosas y complejas federaciones de genes llamadas seres vivientes, es más importante que la aparatosa y elaborada conspiración intelectual que ha tenido como objetivo, por lo demás siempre defectuoso, crear esas otras asociaciones que llamamos estados y federaciones de estados, y de las que muy ufana se ha sentido la variedad occidental de la especie humana desde que no atina a encontrar sustitutos convincentes de la fe religiosa. Mi accidental y accidentada incursión en una de las ciencias llamadas duras fue insuficiente para redimirme de una creciente carga de anarquismo y de materialismo que, por otra parte, nunca me privó de la certeza de que aun sobre el vacío metafísico más enrarecido es posible levantar una edificación ética racional, solidaria y desinteresada. Declaro, amigas y amigos, que, a pesar de las incitaciones maternas en contrario, no me unen a la causa de la vida especiales esperanzas o apetencias místicas, pero sí una imperturbable admiración por los diversos azares que dieron origen a un universo en el que, justamente, el milagro de la vida está, más que permitido, condenado a manifestarse. No es vana, pues, mi alusión a las federaciones de genes que, no por casualidad sino por causa de un determinismo físico que algún día será expresable en dígitos precisos, dio origen, en este inconspicuo lugar del universo, a la posibilidad de que surgiera, temporalmente como lo señalan los más escrutables designios de la astrofísica, el casi imposible acontecimiento de la vida. Voy a citar-me de nuevo, voy a someteros al breve suplicio de un cuento corto que esboqué hace algún tiempo y del cual me arrepiento con toda solemnidad,



por supuesto únicamente desde el punto de vista literario. Este cuento se iba a titular *LA CONSTANTE DE PLANCK* y debería rezar como sigue:

Extraviada durante mucho tiempo, vuelve a mis manos una ajada libreta de bolsillo que tardo algunos minutos en identificar como aquella que usaba en Bélgica, cuando era estudiante de posgrado, para anotar mis proyectos de cuentos conforme se me iban ocurriendo y, de vez en cuando, un aforismo sin futuro. Decido que ahora, después de más de treinta años, el cuadernillo es del todo inútil y, antes de lanzarlo al cesto de la basura leo en su última página una aislada anotación que a la letra dice: “Dios y la constante de Planck”.

Estas seis palabras me recuerdan el propósito nunca cumplido de escribir, bajo el título de “Génesis 1.1”, o algo semejante, el siguiente aforismo:

“En el principio dijo Dios: —Sea una constante de valor seis coma seiscientos veinticuatro por diez a la menos veintisiete ergios.segundo, que un día los hombres llamarán constante de Planck”.

Y eso sería todo. Afortunadamente no lo escribí, pues si lo hubiera hecho probablemente solo los físicos y los químicos lo habrían entendido: la constante de Planck (usualmente representada con la letra  $h$ ) es el valor que relaciona la energía ( $E$ ) de un quantum de luz con su longitud de onda (designada con la letra griega  $\lambda$ ) mediante la ecuación: energía es igual a la constante de Planck ( $h$ ) multiplicada por la velocidad de la luz ( $c$ ) y dividida entre la longitud de onda ( $\lambda$ ).

De haber sido otra la magnitud de  $h$ , la existencia de nuestro universo sería imposible, simplemente no existiría, pues es razonable suponer que la constante de Planck define por ella misma todas las características físicas de la creación. De ahí que la tesis —si así puede llamarse— implícita en el ya desechado proyecto de aforismo consista en que al Creador le habría bastado con solo definir aquella constante para hacer en una fracción de segundo el trabajo que, según la Escritura, tardó cinco días en ejecutar.

Pese a que el aforismo en cuestión nunca verá la luz, se me antoja imaginar lo que habría ocurrido si hubiera escrito y publicado la siguiente variante:

“En el principio dijo Dios: —Sea una constante de valor seis coma dos por diez a la menos veinticinco ergios.segundo, que un día habrá de llamarse constante de Planck”. (La prueba de que el texto en proyecto no habría funcionado literariamente se encuentra en el hecho de que aquí

debo interrumpirme para observar que los dígitos de la constante  $h$  han sido cambiados). Continúo:

En tal caso, no lo dudo, un físico meticuloso se habría percatado de que en el relato figura un valor incorrecto de  $h$  y se habría apresurado a señalármelo. Sin embargo, le habría respondido que no hay error de mi parte porque esto fue precisamente lo que expresó el Creador, dejando en manos de la imperturbable naturaleza la cósmica misión de enmendar el lapsus Dei. Pero de inmediato una voz interior me dice que estoy frente a un potencial blasfematorio de dimensiones considerables que debo eludir a toda costa. Y nuevamente me felicito por no haber utilizado una sola idea de las anotadas en aquella vieja libreta, ahora convertida en humus.

Hasta aquí mi fallida blasfemia. Ciertamente, a medida que mi delfín personal desciende a lo largo de su parábola hacia la eternidad del océano, se difumina cada vez más en mi entendimiento todo sentido místico de la existencia, pero al mismo tiempo se fortalece en mí la certeza de que alrededor del maravilloso acontecimiento de la vida se puede instaurar, y llevar hasta las más trascendentales consecuencias, una ética de la esperanza. Estoy convencido de que si el fenómeno de la vida no ha tenido lugar sino una sola vez y justamente en este rincón del universo; de que si, un día más o menos lejano la vida habrá de desaparecer, por causas naturales que ya se han previsto, o por causa de la imprudencia humana; de que, no importa cuán inconspicua y cuán vulnerable resulte ser la vida desde el punto de vista material, los eones darán a la paciente tozudez de las leyes físicas la oportunidad de recrearla en otro lugar y en otro tiempo.

La búsqueda de formas de vida en los confines del cosmos, cara tanto para científicos como para charlatanes de nuestro tiempo, no me parece tan inútil ni tan pueril como los escépticos pretenden. Esa búsqueda es la expresión de una esperanza, o más bien de una certeza extrema, que no habrá de agotarse nunca: una de las pocas esperanzas y la única certeza que, sin posibilidad de contradicción, se alimentan al mismo tiempo de la razón y de la fe.

No recuerdo el origen de la afirmación, pero alguna vez escuché o leí que todo acto humano, por ínfimo que parezca, encierra la posibilidad de ser parte de una grandiosa o esencial aventura. Del ya mencionado George Washington sabemos que fue una inadvertencia, fortuita o calculada, la que lo convirtió en un líder militar que en diversas

ocasiones desplegó la incompetencia necesaria para poner en total riesgo la causa por la que luchaba y por la que hacía morir tanto a sus camaradas como a sus enemigos. Según una oculta pero bien documentada tradición, su liderazgo militar inicial fue precipitado por su quizás deliberado olvido de despojarse del uniforme del ejército inglés cuando se presentó como delegado en las sesiones del Segundo Congreso Continental, reunido en Filadelfia en 1775. Es probable que los miembros de aquella asamblea de campesinos iluminados tomaran el inapropiado uniforme de Washington como prueba reveladora en él de cierta competencia castrense y, no habiendo entre ellos nadie que mostrara credenciales similares, acabaran poniendo en manos del individuo menos apto el destino, irónicamente brillante a la postre, de una futura gran nación.

El caso de George Washington es un buen ejemplo de una inducción vocacional equivocada pero exitosa. Si consideramos, por otra parte, el de Napoleón Bonaparte, quien estuvo a punto de nacer en el campo de batalla en el que su padre defendía de las tropas francesas la revolución corsa de Pascal Paoli, llegamos a la legítima conclusión de que quienes transitan por los caminos de la gloria están también sometidos a unos avatares vocacionales en los que la capacidad, la pericia, la preparación y, quizás, hasta la inteligencia no necesariamente son relevantes.

Es interesante observar que ambos hombres han pasado a la que podríamos llamar historia oficial de Occidente como genios militares, siendo que el americano fue, en ese ámbito, un chapucero con suerte, en tanto que Napoleón, el militar literalmente nato, vio su competencia táctica traicionada, en Waterloo, más por la mala suerte que por el valor o la razón de sus enemigos.

En punto a comparaciones, ambos personajes nos reservan otros motivos para la ironía. Washington, reputado de ser uno de los padres de la democracia y promotor de los derechos humanos, lucró hasta el fin de sus días, como se ha dicho, de la institución de la esclavitud, en tanto que Bonaparte, tenido por un déspota sanguinario por una gran parte de la opinión europea, fue pese a todo el heraldo armado de una revolución intrínsecamente antiesclavista.

Como se ve, mucho se podría especular alrededor de los mitos que, disfrazados de historia, ensalzan o percuden la fama y modelan la vocación de naciones, tribus e individuos. En nuestro tiempo, bien lo sabemos, el

promedio de inteligencia de los grandes líderes parece haber alcanzado extraordinarios niveles de insustancialidad, lo cual sugiere que los designios vocacionales extraídos del sistema educativo globalizado son de poco fiar. Por ejemplo, es un hecho que las decisiones militares más importantes del mundo en los últimos diez años han estado en manos de dirigentes que, cuando jóvenes, mostraron una extraordinaria propensión a eludir la experiencia castrense. Quizás esa es la razón por la que, en lo que concierne a los Estados Unidos de América, la vocación militar de George Washington Bush parece caer dentro de una tradición de incompetencia y estolidez instaurada, en el mismo terreno, por aquel lejano general firmante de la Constitución llamado George Washington a secas.

En otro esbozo comparativo, tenemos de nuevo, allende el Atlántico, a Napoleón Bonaparte y, en nuestro hemisferio, otra vez a Thomas Jefferson. Se les toma, por ser contemporáneos entre sí, como referencias y testigos mutuos, pero no creo que se le haya prestado mucha atención a lo diferentes que fueron sus respectivas maneras de practicar el nepotismo.

Mientras que fue motivo de sorna el que el Emperador hiciera reyes y princesas de parientes poco dotados, no es sino hasta muy recientemente que la investigación histórica ha recalado, gracias a las pruebas de ADN, en la circunstancia de que el padre de la nación americana convirtiera en motivo de lucro su afición a la cópula con sus propias esclavas. Estas le dieron hijos que él no dejó de poner a disposición del mazo, es decir, del subastador de carne humana en el mercado de esclavos. De modo que se puede afirmar de este prócer americano que engendró deliberadamente suficientes hijos-esclavos como para terminar siendo de diferentes maneras padre de la nación y padre del Estado.

¿Deberá resultar extraño que en el futuro los historiadores postulen la hipótesis de que estas dos modalidades de nepotismo orientaron de modos distintos las vocaciones democráticas de las dos más grandes revoluciones de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX? No más extraño que el orgullo que los actuales descendientes afroamericanos de Jefferson sienten por un antepasado que, de no figurar en el panteón de los grandes héroes, alcanzaría en cualquier escala ética o moral las dimensiones de un desalmado.

Leí, en el inicio de este discurso, que integrarme a la Academia significa sobre todo asumir conscientemente la condición de intelectual. En

mi caso, esto equivale a correr el riesgo de autocalificarme dentro de una categoría -acusarme de, recordemos- cuya definición es siempre imprecisa, una categoría que estaría dispuesto a negar tres veces antes del canto del gallo, en parte porque ostentarla me parece pedante. Sin embargo, creo que puedo atenuar mi contradicción trayendo a cuento el recuerdo de una antigua caricatura que mi memoria le atribuye a alguno de aquellos estu-pendos dibujantes españoles un tanto subversivos que exponían a diario el pan y la vida bajo la penumbra del franquismo tardío. Se trata del dibujo de una nutrida asamblea de animales de múltiples especies, elaborado con una minuciosidad que debe de haber sido la envidia del registrador de admisiones en el Arca de Noé.

En el centro del dibujo, un desaliñado y ebrio ejemplar de la especie humana posa un brazo sobre los hombros de un chimpancé o un gorila y con gesto vidrioso y paternal le susurra: "Bueno, mi amigo, es evidente que tú y yo, los intelectuales, debemos hacernos cargo de esta reunión". Por tratarse de una caricatura de relampagueante simplicidad textual, todas las demás sugerencias quedan a cargo del lector-observador, y cada animal presenta una mirada o un gesto corporal que, por sí solo, podría propiciar media página de filosofía en un suplemento literario dominical. En el borde, casi rozando el trazo del recuadro, aparece una tortuga en la que se vislumbra una mirada de terror o, al menos, de preocupación, como si el quelonio estuviera dispuesto a recogerse para siempre dentro del caparazón. "... tú y yo, los intelectuales...", dice el homo sapiens, mientras que el gorila -o chimpancé- se rasca reflexivamente la cabeza y dirige una subrepticia mirada hacia un garrote que, como por accidente, yace al pie del borrachín.

Presumo que, para la tortuga, o para un inconspicuo mapache cuyo un antifaz parece prefigurar la especie del político del siglo XXI y es la bestia más cercana a los del abrazo, es irrelevante quién se apodere eventualmente del garrote; solo que, hasta donde recuerdo, el mapache esboza, debajo del antifaz, una sonrisa oblicua como las que los malos actores exhiben en los filmes gangsteriles, de lo que puede inferirse que su destino pasará necesariamente por una alianza con los dueños del arma.

Desde hace casi medio siglo, cada vez que el recuerdo de aquella caricatura comienza a borrarse de mi memoria me sobreviene la providencial oportunidad de escuchar o leer a ciertos grupos o individuos

que se autodenominan intelectuales, y entonces recupero de aquel dibujo los trazos caídos en el olvido y en cada ocasión me hago las tres preguntas siguientes: ¿Cuántas veces cambiará de manos el garrote antes de que el beodo, el gorila y el mapache se pongan de acuerdo para agredir a la tortuga? ¿Cuánto tiempo sobrevivirá la tortuga a los golpes del primer intelectual o político que se decida a utilizar el garrote? ¿Cuántos animales habrán muerto cuando el mapache y los dos intelectuales hayan decretado que, por fin, debe existir entre los animales una sola ideología, una sola manera de pensar y una sola cultura?

Siento que os debo la consideración de no agotar todas las insinuaciones que se derivan de aquella caricatura en relación con la definición del intelectual y el papel que corresponde en la actualidad a quienes se autodeclaran intelectuales, pero creo que es conveniente revivir sus interrogantes en este tiempo, cuando la uniformidad de pensamiento pareciera haberse convertido en paradigma, en motivo pivotal de la propaganda y la publicidad. Y, como bien sabemos, el lenguaje sigue siendo la esencia de la publicidad y la propaganda. Esta obvia y elemental observación nos recuerda que, si bien nuestra lengua no necesita de comisarios que garanticen su supervivencia, sí requiere de un tipo de protección relacionado más con la ética que con la corrección gramatical. Que el ejercicio de esa protección esté al alcance de nuestras capacidades, es otro tema cuyo tratamiento debe quedar para mejor ocasión.

*Muchas gracias.*

# LA PERSONALIDAD Y LA OBRA DE DURÁN AYANEGUI

*Jézer González Picado*

**E**s para mí un motivo de especial y profunda satisfacción la oportunidad que me ha concedido don Alberto Cañas, Director de la Academia Costarricense de la Lengua, de responder al discurso de incorporación que acaba de leer don Fernando Durán Ayanegui.

Inicia don Fernando su discurso con una breve información sobre sus años de infancia y sus estudios en institutos politécnicos de orientación militar y científicos de Cuba, sin dejar de lado la educación religiosa a que lo enfrentó su madre, quien lo estimulaba para ir a la Iglesia Católica, a la Metodista y hasta a la Bautista, pues creía que algún día sería sacerdote. Tuvo don Fernando acceso a la magnífica educación politécnica y científica de los institutos cubanos gracias a una beca que él ganó por concurso al terminar su sexto grado de educación primaria, según cuenta en el relato *Mi Rubicón*. Continúa don Fernando con un agradecimiento por el hecho de haber sido electo miembro de esta Academia y nos recuerda su amistad con don Constantino Láscaris y con don Teodoro Olarte, a la vez que nos habla del físico Max Planck y de su constante. Quiero hacer este rápido apunte porque remite a dos direcciones del discurso: la científica y la filosófica. Creo que el discurso que acabamos de escuchar es rico en ambos aspectos; sin embargo, primero me referiré a la evidente causa por la que la academia se vio obligada a elegir a don Fernando miembro de la Academia Costarricense de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española.

Sé que muchas personas conocedoras de su obra literaria, de su obra científica y de su obra en la educación superior (dos veces rector de la

Universidad de Costa Rica y vicerrector de docencia) se han preguntado por qué no era académico de la Lengua. La Academia tomó en cuenta todos esos aspectos. Y, como es lógico, estudió sobre todo su obra literaria, una obra en la que abunda y predomina la narración breve, aunque cuenta también con novelas y con obras de teatro y un libro de poesía, además de sus artículos de fondo en periódicos nacionales, los cuales no comentaré acá. Mi tesis es que don Fernando, en su obra literaria de cuentos y relatos y novelas cortas, ha puesto al día la literatura costarricense con la literatura hispanoamericana y la universal. Evidentemente, ha hecho eso incorporando a nuestra narrativa, tal como estaba por los años sesenta, las técnicas que la literatura universal ha ido creando y que nos han llegado a nosotros acá, pero que no se habían incorporado todavía a la producción nuestra. Tampoco quiero ocultar que la acumulación de prospectividad me ha llevado no solo a la valoración de nuestros escritores, sino especialmente a la valoración de nuestra cultura, de lo que sería la cultura, y veo en este caso especialmente eso en la obra literaria de Durán Ayanegui. Quiero recalcar en qué consisten esos valores, porque he oído a algunas personas decir que no leen la literatura costarricense porque no está a la altura de la literatura europea o norteamericana que ellos consumen constantemente; creo que no es así, que la obra de Durán Ayanegui en el cuento y en el relato está a la altura de la mejor literatura universal y que a veces puede ser superior a algunas obras literarias extranjeras consideradas por nuestros lectores como mejores que la narrativa costarricense. Esto se debe —creo— no a que esa afirmación sea objetiva, sino a su ignorancia de nuestra literatura y al desconocimiento de que Durán Ayanegui lee más que ellos.

Hablando con don Fernando sobre su primera publicación, *Zapatos*, cuento incluido en el libro *Dos Reales y otros cuentos*, en que aparece un relato del mismo título, me mencionó la importancia de la influencia que tuvo sobre él el hecho de que don Alberto Cañas, maestro de nuestra cultura general, no solo publicara el cuento, sino que lo presentara al público en el periódico La República con una nota valorativa, que ha influido definitivamente en su vida como escritor. Después, alude don Fernando a mi apreciación de su obra literaria y me adjudica valores, cualidades, méritos que creo no poseer; pero veo en esa afirmación suya una expresión de sus propios valores, de su bonhomía en general, de su erudición y de su sabiduría, para cuya expresión me toma a mí como espejo, pero



que son en realidad méritos y cualidades que le corresponden. Por ello, también me enorgullezco de tener la oportunidad de analizar aquí por qué la Academia consideró que el autor de una obra literaria como la suya debía formar parte de nuestra cofradía, como la llama él, y, está bien, somos cófrades. En primer lugar, quiero no solamente decirlo, sino señalar en qué consiste esa aportación de la literatura de Fernando Durán Ayanegui y la renovación que trajeron a la narrativa breve en Costa Rica el cuento a que aludimos, *Zapatos*, y el cuento *Dos reales*, ambos de 1960. Recordemos que en esa época se enseñaba en la Universidad de Costa Rica y se escribían todavía cuentos que estaban regidos por el canon, por la estética que había impuesto Horacio Quiroga allá por 1908 en su *Decálogo del perfecto cuentista*. La preceptiva del cuento formulada por Quiroga influyó en Centroamérica tardíamente. Esa estética del cuento viene a influir muchos años más tarde, por los treinta y los cuarenta, en la obra de Salarrué, en El Salvador, y en la obra de Carlos Salazar Herrera, en Costa Rica. Se trataba de una estética del cuento, que se practica todavía y que tiene determinadas normas, como que el cuento es una narración breve de un solo hecho con uno o dos personajes y cuya composición comprende una introducción en la que se plantea el tema y se describe el ambiente; un desarrollo por intensificación conceptual y emotiva hasta un clímax y un desenlace insólito, además de unidad de estilo. El cuento magistral o el cuento que se toma como canon de esa estética es *A la deriva*, de Horacio Quiroga.

Recuerdo que una noche, después de una conferencia de Salazar Herrera, lo oí afirmar que ese había sido el cuento que había influido más en él. Por otra parte, es evidente que la obra de Salazar Herrera es de tanta calidad como la de Quiroga; por eso su cuentística se impuso en Costa Rica a lo largo de unos veinte años, de los años cuarenta hasta los sesenta, cuando don Fernando Durán publicó *Zapatos* y el cuento *Dos Reales* del libro homónimo. En estas obras, aparecen ya las siguientes aportaciones innovadoras en el cuento costarricense. En primer lugar, es un cuento que se inicia en lo que se llama técnicamente *in media res*, es decir, el relato comienza por la mitad de la historia de los acontecimientos; esto tiene que ver con el orden. Este comienzo *in media res* está ya recomendado por Quinto Horacio Flaco en su *Arte poética* (14 a.C.) y se practica todavía hoy. Otro aspecto nuevo del cuento *Dos reales* es el estilo indirecto libre;

es un relato escrito casi enteramente en estilo indirecto libre. Esta es otra renovación; generalmente, el cuento costarricense se escribía en estilo directo. Por último, está la renovación en la creación de los personajes: los personajes de *Dos reales* son totalmente ajenos al tipo costumbrista o al personaje de una dimensión, el personaje plano de la cuentística anterior. Debe notarse, además, que esos personajes de *Dos reales* y de todos los cuentos de Durán Ayanegui representan una clase social, pero no como tipo de esa clase, sino como sujetos que padecen, que sufren las estrecheces, las calamidades, la pobreza o la dominación a que está sometida esa clase; tal es el caso del personaje Andrés, de *Dos Reales*. Esos tres aspectos son suficientes para cambiar totalmente la forma, el contenido y el alcance estético y social de un cuento o de una obra literaria. Bastaría uno solo de esos tres aspectos para que don Fernando introdujera una innovación en la narrativa breve costarricense. Esta aportación es ya significativa; después viene otra. Voy a comentar los cuentos en que aparecen esas innovaciones.

En *Salgamos al campo*, don Fernando incorpora a la literatura costarricense, a su narración breve, el tema cainita, es decir, el tema de Caín y Abel, con los cambios suficientes para hacer un relato totalmente nuevo. El relato está visto no desde el punto de vista de un autor omnisciente, sino desde el de Caín mismo. Es otro elemento nuevo; pero lo novedoso es que se introduce el recurso de hacer literatura a partir de la literatura misma. Contamos aquí, por primera vez, con influencias muy claras de la Biblia en la obra de Durán. Tenemos pues una innovación fundamental: literatura creada a partir de la literatura misma.

Otro cuento que también viene a ser renovador es *Yo jamás veré a Marse-lla*; aquí también tenemos la misma situación del cuento dentro del cuento y la primera aparición de lo que me atrevo a llamar el feminismo en la narrativa breve costarricense. Se trata de un matrimonio sin hijos, que tiene ya varios años de casados y ha terminado en que ella se aburre, y él juega ajedrez con un amigo. Finalmente, la mujer sale y se va, por sentir su soledad, su esterilidad y la poca importancia que el marido le da. Hay aquí, digamos, el primer personaje femenino que se libera de la situación a que lo ha sometido un matrimonio estéril: ya tenemos, pues, varios elementos nuevos.

Otras innovaciones importantes las podemos encontrar en el análisis del cuento *El otoño verde y rojo*, incluido en el libro *El último que se*

*duerma*. Lo que hay de innovador en este cuento es ser un relato breve con características propias de la novela corta, pero que sigue siendo un cuento. Hay allí nuevos aspectos del cuento; el comienzo in media res, como es frecuente en la novela, y el hecho de que el acontecimiento que da lugar al cuento (la muerte o quién asesinó al prestamista) lo conoce el personaje, pero no se lo comunica al lector. Éste termina sin saber quién mató a Antonio el prestamista, aunque su hijo Antonio sí lo sabe. Hay aquí otro rasgo nuevo en la narrativa costarricense: el problema del orden; se trata de un orden enteramente perturbado. Ahora el orden está muy cambiado; quien termine de leer el cuento tiene que rearmar todo para verlo en la coherencia de su unidad.

Otro aspecto importante es la introducción en la narrativa breve del símbolo y de la teoría freudiana del psicoanálisis. Es una obra basada en algunos contenidos del psicoanálisis. En primer lugar, precisamente el famoso asunto del complejo de Edipo. Antonio hijo, quien es estudiante universitario, siente de una manera tiránica la dominación que sobre él ejerce su padre, don Antonio el prestamista. Antonio hijo no está en absoluto de acuerdo con el carácter usurero de su padre; además, tampoco lo soporta, pero tiene que sufrir, por su condición de joven, la agresión verbal que ejerce su padre. Una escena que da cuenta de esto de manera clara ocurre cuando una maestra, Adriana, llega a pedirle a don Antonio unos meses más para pagarle un dinero que le debe; ella sube, habla con don Antonio, pero antes le ha dicho a Antonio hijo que interceda ante su padre para que le dé un mes o dos de tiempo. Al poco rato, la mujer baja desgreñada y llorosa y se vuelve y le dice a Antonio hijo que es tan ruin como su padre. Esto se debe a que cuando Antonio quiso intervenir en la negociación entre ella y su padre, don Antonio no lo dejó ni hablar, lo dejó humillado. En ese momento, Antonio sintetiza todo su choque con el padre y decide matarlo; por eso Antonio está en la cárcel al principio del cuento, porque don Antonio el prestamista aparece muerto. Antonio el hijo lo encontró, lo tocó y se empapó la mano con la sangre de su padre. Entonces la policía creyó que él era el criminal y lo llevó a la cárcel; luego la policía descubre quién es el verdadero criminal y se lo dice a Antonio; a la vez, le dicen que está libre, que puede salir. Antonio hijo no pregunta quién es el criminal, pero la policía se lo dice. Antonio hijo, mientras camina, dice que él ha olvidado quién fue el criminal. Camina pensando en la maestra, en Adriana, y

da a entender al lector que Adriana no fue la criminal, pero calla el nombre del asesino. Al continuar su marcha, un animalejo le cae en la gabardina; ve que el animalejo es transparente, y al examinarlo se percata de que no tiene ojos, sino unos cuernecillos, y pueden verse sus órganos. Después de describir magistralmente la caída de la tarde, Antonio decide darle un golpe al animalejo y matarlo. En el momento en que lo mata, se observa que la sangre corre por su brazo como cuando encontró a su padre. Sabemos que hizo eso porque al oír al animalejillo caminar por la solapa de su gabardina, se dio cuenta de que producía el mismo ruido que hacían las uñas de su padre el prestamista al manipular los pagarés. Tenemos aquí entonces algo totalmente nuevo. Mediante la aplicación del complejo de Edipo a la obra narrativa, el personaje recibe la cura, pero no mediante un proceso psicoanalítico o psiquiátrico, sino mediante un proceso simbólico que tiene lugar puramente en el lenguaje, en el cuento, porque sabemos que le da un golpe a aquello que es símbolo de su padre y que, al matarlo, él siente que ha matado a su padre y queda tranquilo: esa noche Antonio hijo duerme tranquilamente, como no lo hacía hace años. Esta técnica significa una innovación total en la literatura costarricense y creo que va más allá de la innovación en el cuento o en la narración en general.

Otro cuento importante, que expresa también aspectos innovadores en la narrativa breve es *El benefactor*. En *El benefactor* y en el cuento homónimo tenemos el empleo de lo fantástico extraño, y nos percatamos entonces de que Durán va incorporando elementos nuevos constantemente a la narrativa costarricense. Lo fantástico, en primer lugar, tiene varios matices: desde lo fantástico puro hasta lo fantástico maravilloso, pasando por lo fantástico extraño, lo fantástico terrorífico, lo fantástico macabro y matices de las combinaciones de todas esas formas de lo fantástico. En *El benefactor* se da lo fantástico extraño, pues el niño, que quiere ir a ver una película en el teatro Milán de Alajuela, resulta que no puede entrar porque le falta dinero; sin embargo, al mismo tiempo vemos que hay un hombre que se está rasurando y tiene unas monedas y extrañamente esas monedas pasan a poder del niño. Éste compra la entrada, entra al cine y ve una película que también refleja esa situación, de modo que tenemos acá otro aspecto totalmente innovador en la narrativa breve, el de lo fantástico extraño, creado de una manera muy completa, pues parece ser que el hombre que se afeita y el niño son el

mismo; de modo que vendría a ser como un personaje que vive en dos tiempos distintos, algo así como el ser y el no ser a la vez. Esto es una categoría que desborda la estética de lo fantástico y representa, por tanto, una innovación sui generis en la narrativa breve costarricense.

En *Cuentos para Laura* nos ofrece Durán una serie de relatos de adultos escritos para niños. Son cuentos infantiles, para ser leídos por niños; pero no se basan en lo típico de la cuentística infantil universal: en reyes, castillos, princesas y seres maravillosos, sino en la vida cotidiana. Un cuento formidable y maravilloso de ese libro es *El puntito curioso* sin tomar en cuenta otros, como *El zorrocongorro* y *La agüerita*.

*El puntito curioso* es un cuento escrito para niños y tal vez con la intención de que sirva también de texto didáctico, pues el “puntito curioso” se convierte en línea y después en una imagen, pero no se anima a convertirse en esfera. Este texto evidentemente serviría para que un profesor de matemática de séptimo año dejara claro a los alumnos que el punto carece de dimensiones, que al desplazarse genera la línea, que tiene solo longitud. La línea, al desplazarse, genera la superficie, que tiene dos dimensiones, ancho y largo, y el espacio consta de las tres dimensiones; pero cuando el cuento llega ahí, el niño entiende ya. Se da cuenta de la figura que está al otro lado y de que ese punto puede estar en el reverso de la página y en un libro, y en una biblioteca; entonces se termina el relato. Es, pues, un cuento que parte de una situación cotidiana que tiene un valor didáctico y que, sin embargo, es un cuento para niños, es un cuento infantil. Infantil porque está hecho para un lector infantil que, mediante su lectura, puede maravillarse del hecho de que un punto puede tratarse como una persona, piensa como una persona, reflexiona como una persona y, a la vez, que también están allí elementos básicos de la geometría.

En *Opus 13 para cimarrona* aparece una técnica nueva: la introducción del carnaval o la carnavalización en la creación de narraciones breves. No me voy a referir aquí a ninguno en específico; pero, por ejemplo, los cuentos que se llaman *Fa*, *farafafá*, *Mambo*, *Guaracha* y especialmente *Marcha etrusca* evidentemente muestran que están hechos a partir del carnaval o que son cuentos carnalescos. Aparece ahí el cuento *Sinfonietta onírica*, cuyo título será *La Joya manchada*, incluido en *Cuando desaparecieron los topos*, una novela corta donde están todas las formas de lo fantástico hasta llegar casi al límite de lo diabólico; pero termina allí, en los límites de

lo fantástico terrorífico. Sin embargo, no es este el cuento que quiero comentar de *Cuando desaparecieron los topos*, aunque sí es importante dejar dicho que ese cuento sintetiza todos los recursos y todos los modos en que Durán Ayanegui emplea y maneja lo fantástico en sus distintas variantes y matices como posibilidad de creación de la obra literaria.

El cuento que puede presentar una síntesis de la renovación narrativa de Durán Ayanegui es *Retorno al Kilimanjaro*. Se dan en él también lo fantástico, además de los siguientes aspectos: la reescritura, lo fantástico extraño, la intertextualidad con grandes obras de la literatura universal (Shakespeare, Hemingway, Goethe y Ray Bradbury).

La técnica de la reescritura llega a tal extremo que don Fernando Durán se atreve en una de sus ediciones a incluir el texto en inglés de Ray Bradbury, para que el lector se percate de que se trata, en parte, de una reescritura de Bradbury, que es, a la vez, una reescritura del Kilimanjaro de Hemingway. Tenemos de nuevo, aquí, la introducción de la reescritura de otros relatos como modo de crear literatura nueva. Sin embargo, *Retorno al Kilimanjaro* no es simplemente la reescritura de un cuento de Bradbury, es también una teoría, es decir, un concepto de la literatura. Cuando el personaje le escribe a Bradbury para usar el artificio del Kilimanjaro, Bradbury piensa en todas las cosas que los Estados Unidos venden al mundo, hasta el artículo más abstracto, como son los sueños, y en ese caso sus propios sueños literarios, que otras personas soñarán en otras latitudes del orbe. Precisamente, *Retorno al Kilimanjaro* es un sueño de ese tipo y aquí es donde se da la intertextualidad con Shakespeare, con una línea de *La tempestad*, cuando el personaje dice más o menos esto: “We are made of the same stuff dreams are made of”. (“Estamos hechos de la misma estofa de que están hechos los sueños”).

Surge ahora el problema de los personajes. Manuel Rivera el viejo vive con una mujer que es treinta años menor que él y, por tanto, presiente que muy pronto la perderá y de hecho la va a perder. El narrador lo sabe y provoca que la pierda. Sin embargo, precisamente por el afán de no perderla, de volver a su anterior edad, de volver a su tiempo (en lo que vemos, pues, la influencia del Fausto de Goethe, casi hasta con el mismo número de años: treinta), piensa que él puede volver a tener la misma edad de su mujer, usando el artificio del Kilimanjaro. Bradbury y el narrador ven que es posible crearle a este don Manuel Rivera viejo la ilusión de que lo ha

logrado, pues él ha dejado un hijo allá por Limón que también se llama Manuel y que precisamente tiene la misma edad de la mujer con que vive Manuel Rivera el viejo. Entonces manejan la situación de modo que este hijo de Manuel Rivera, que es exacto al padre, se encuentre con la mujer en una plazoleta mientras el padre Manuel Rivera viejo está en una soda y puede ver la escena a través de los cristales. Ocurre entonces que Manuel Rivera viejo ve la escena, y cuando Manuel Rivera hijo se encuentra con la mujer, él cree que es él, siente que es él; tenemos, pues, de nuevo lo fantástico extraño. Manuel Rivera en realidad se aniquila a sí mismo por conseguir un sueño de volver a la edad de su amada. Queda aquí, de nuevo, como renovación de la literatura nuestra, fundamentalmente la actitud de que ya nuestros escritores (en este caso don Fernando Durán Ayanegui) han dejado atrás totalmente aquella otra actitud de los lectores y escritores anteriores, que si veían una frase de otro escritor en una obra gritaban ¡plagio! y desprestigiaban totalmente al escritor. Durán Ayanegui introduce las citas, poniendo así la intertextualidad como técnica, hasta llegar a la reescritura, como ya se ha enfatizado.

Luego tenemos otro aspecto nuevo, que es necesario recalcar, muy importante de su obra: el léxico preciso, culto, amplísimo y rico, que encontramos en toda la producción literaria de don Fernando Durán, tal como lo oyeron ustedes en el discurso previo.

Otra dimensión de su discurso merece un breve comentario. Don Fernando no solo es doctor en ciencias, sino que también ha trabajado en proyectos de investigación avanzada, como la síntesis de la vitamina B12, que algunos debemos inyectarnos para seguir viviendo. Esta investigación tiene un peso científico extraordinario. ¿Cómo llamar entonces a don Fernando Durán: científico, investigador, educador o intelectual? Prefiero la antigua denominación de sabio, que se daba a personas capaces de dominar el ambiente del conocimiento de varios campos, tanto el de las ciencias como el de las letras y la cultura general.

Quiero tomar de nuevo la mención que don Fernando hizo de don Constantino Láscaris y don Teodoro Olarte y de Max Planck, porque ahora surge la cuestión de Max Planck y su constante. Lo importante de esta mención es lo que tiene que ver con su pensamiento filosófico y científico. Ya no quiero destacar lo que don Fernando Durán Ayanegui ha aportado a la narrativa breve nacional, sino poner énfasis en su

actitud ante el problema de la vida tal como lo desarrolla en el breve relato de la constante de Planck. Con base en el primer capítulo del Génesis, se refiere a los primeros cinco días, cuando Dios crea todo lo que está bajo la constante de Planck; pero después, para el sexto día, cuando Dios crea al hombre, es decir, cuando surge la vida humana, se da otro valor de la constante de Planck y surge el problema de qué es la vida y de su origen, asunto que corresponde a la filosofía.

Curiosamente, ustedes sonrieron cuando don Fernando nos comunicó que su madre, siguiendo la tradición popular de que a los tres años se puede presumir la estatura que vamos a tener y la actividad a que nos vamos a dedicar, juzgó por su comportamiento que sería sacerdote. Veamos si lo fue o no. Al hablar de la vida, nos presenta don Fernando los seres humanos como confederaciones de genes que la naturaleza produjo para la creación de los seres vivos; observamos aquí que no es Dios quien crea al hombre, sino la naturaleza, el azar. La creación de la vida, pues, la explica don Fernando como producto de la naturaleza que no pudo no ser, dadas las circunstancias y, además, sabemos que esta vida de la que nosotros participamos, también se extinguirá por leyes de la naturaleza. Esto será evidente cuando el sol adquiera el tamaño de una gigante estrella roja. La Tierra quedará entonces a miles de kilómetros dentro del sol, es decir, no habrá Tierra ni nada, ni vida. Sin embargo, nos afirma don Fernando, ahí en su discurso, que, a pesar de la certeza científica de ese determinismo, también es en él firme la convicción de que siempre es posible una ética basada en la esperanza. Quiero señalar aquí el hecho sobre el que he reflexionado algunas veces, cuando se trata de si creemos en Dios o no, y nos preguntamos quién creó la vida humana, si fue creada por Dios, como se narra en el Génesis, en el día número 6: que la hizo del barro y le dio forma y la hizo a imagen y semejanza suya; o si el hombre resulta creado por la naturaleza mediante la evolución, a partir de un primate que se convierte en humanoide. Para mí, como lo plantean las investigaciones científicas, ambas cosas son un misterio, igual que concebir que un hombre de la talla de Einstein o de Planck o de cualquiera de nosotros, es el resultado de la evolución a partir de una molécula que se transforma en célula. Lo entiendo pero no lo comprendo. Lo acepto como acepto el misterio. Es tan difícil como aceptar la otra explicación: que el hombre fue creado de barro por Dios o bien como lo dijeron los indios Mayas: que primero fue creado



de barro pero no sirvió, porque se deshizo con la lluvia; fue creado de madera y no sirvió, porque se lo comió el comején; por último, los dioses lo hicieron de maíz y entonces sí, porque el hombre comía maíz y ahí no hubo problema. En consecuencia, veo en don Fernando una actitud filosófica que no se ha puesto de relieve y que está presente en su discurso. De aquí que tengamos desde el principio de su texto la mención de los filósofos Láscaris y Olarte. Ahora bien, su ética, fundada en la esperanza, implica una fe y si es una ética será una moral, que tendrá que decidir entre el bien y el mal, que evidentemente tratará de que el hombre se rija por el bien; pero el bien implica el amor al hombre, la caridad, la solidaridad. Tenemos una ética fundada en las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, y en una de las virtudes cardinales: la justicia. De modo que, al final, aunque no se crea en los ritos de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios y por Dios mismo sino como producto de la evolución, tenemos una actitud sacerdotal y una actitud sacerdotal precisamente inserta en la pura teología cristiana: en las virtudes teologales y en las virtudes cardinales.

Finalmente, me propongo dar énfasis a la idea de la madre de don Fernando cuando al cumplir él sus tres años de edad y por las manifestaciones suyas de ese día, consideró que sería sacerdote. Creo que acertó en la intuición del futuro de su hijo, sólo que no ha sido sacerdote en el sentido de cura párroco, sino sacerdote de las ciencias, de la investigación, de la creación estética y de la creación superior, sacerdote que hoy se ordena para officiar en un nuevo templo, el de las letras y la lengua, en el seno de la Academia Costarricense de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española.



# REFLEXIONES EN TORNO A LA NOVELA *EL PASADO ES UN EXTRAÑO PAÍS*

*Jézer González Picado*

**E**l propósito de este breve estudio dedicado a la obra *El pasado es un extraño país*, del poeta Daniel Gallegos, es destacar tanto la complejidad y riqueza de sus contenidos, como la calidad estética mediante la cual esos materiales se convierten en la imagen de un mundo novelesco único en el desarrollo de la narrativa costarricense. Por esta razón, la novela se hace meritoria de un trabajo que destaque tales aspectos y la ubique, a su vez, en el lugar que le corresponde, como novela lírica y en función de sus temas y valor estético, en el decurso de la novelística de nuestro país.

He aquí, pues, lo que resume la propuesta fundamental contenida en el presente estudio: considerar esta obra de Daniel Gallegos, según los trazos con que se ha dibujado la llamada novela lírica.

Antes, algunas especificaciones relacionadas con el entorno y las circunstancias históricas de la obra en cuestión. La época que ocupan los acontecimientos narrados, así como el espacio en que ocurren y los conflictos de los personajes que lo habitan, corresponden a un momento crucial en la historia de Costa Rica: ese medio siglo, aproximadamente, en el que se despliega la vida del personaje central, Manuel Fernández Rodríguez, desde sus días de escuela primaria, hasta diez años después de la guerra civil del 48, esto es, hacia 1960.

Es el tiempo en que se da el apogeo del liberalismo y su colapso, producido por la aparición del reformismo y de la social democracia de los primeros años del Partido Liberación Nacional. En esta época se gestan acontecimientos sociopolíticos de importancia capital en el

desarrollo de la historia patria, a saber: el triunfo del liberalismo en los primeros años del siglo XX; los inicios del reformismo con el gobierno de Alfredo González Flores; el paréntesis singular que es la dictadura de los hermanos Tinoco; el proyecto económico reformista del general Volio; la fundación de la liga antiimperialista hacia 1928 y la fundación del Partido Comunista, en 1931; la gran huelga bananera de 1934; los ocho años del movimiento reformista del doctor Rafael Ángel Calderón Guardia y don Teodoro Picado Michalski, apoyados por la Iglesia Católica y el Partido Comunista, que empleó los nombres de Partido de Vanguardia Popular y Bloque de Obreros y Campesinos.

Este período, que se esboza en sus acontecimientos fundamentales, culmina con la Guerra Civil de 1948 y el ascenso al poder del Partido Liberación Nacional, con su programa social demócrata.

El mundo mostrado en la novela, no obstante, desborda el ambiente nacional, en virtud de los contenidos de su historia. Un primer espacio mostrado es el San José de la segunda década del siglo XX, pero el desplazamiento de los personajes hasta Limón pronto amplía el entorno para abarcar, así, el trayecto del ferrocarril al Atlántico hasta el puerto.

Otro espacio es desplegado por el desplazamiento en barco hasta Barcelona, e incluye por supuesto esa ciudad. Después, aparece igualmente París, sobre todo en su centro donde, por cierto, resalta la mostración de los lugares en que se mueven tanto el Marqués de Peralta, como Federico Tinoco y su esposa Mimita, quienes viven el exilio parisino. Un entorno donde ocurren algunos acontecimientos decisivos en la vida de Manuel Fernández y que se ensancha para abarcar también el internado suizo, lugar que lo alberga mientras concluye el bachillerato, a la vez que le permite conocer a otro de los personajes relevantes, Samuel Jewson. La amistad de Jewson resultará determinante para Manuel y habrá de provocar, igualmente, la descripción de algunos aspectos de la vida en Londres.

En todos estos ámbitos se desarrollará una serie de acontecimientos cruciales en la vida de Manuel Fernández Rodríguez, constituyentes, a la vez, del conflicto en que ese personaje habrá de sumergirse: primero, en la niñez, después, como el poeta adolescente sometido a la arbitrariedad de un padre autoritario y bajo la mayor o menor indiferencia mostrada por la madre, mujer de excepcional belleza aunque más preocupada por sus

relaciones sociales y por los problemas con el marido, que por las dificultades e inquietudes del hijo.

En tales circunstancias, el tema del complejo de Edipo alcanza a desplegarse de manera sui generis: por una parte, aparece en lo intrincado de las relaciones de Manuel consigo mismo, como el adolescente poeta deseoso de ese objeto erótico cifrado en una madre muy bella que, además, lo utiliza a su favor en las relaciones conflictivas con el marido; y por otra parte, se manifiesta en el trato del joven con su padre, un militar totalmente sordo a los valores artísticos poéticos del hijo.

Planteado así el tema de la relación edípica, hace surgir una red de personajes que participa, directa o indirectamente, en el fracaso de Manuel y en todo lo referido a sus intentos por resolver la situación. El muchacho ha de sustituir la figura materna objeto de deseo, por otra figura femenina carente de marcas incestuosas. Esto obliga a la creación de ese grupo de personajes ya mencionado, cuya acción se ajuste al proyecto del novelista y a su caracterización y función, según se propone en las siguientes líneas.

#### *El General Bernardo Fernández Gutiérrez, el padre*

Leal al gobierno comandado por Federico Tinoco, triunfa como militar en la batalla del Jobo. Físicamente atlético, es además apuesto, seductor y mujeriego. Hombre de muchas amantes y guardián celoso de su esposa, Adela Rodríguez, no aprecia en lo absoluto los valores ni los intereses de su hijo Manuel. Es el rival que Manuel no puede vencer.

#### *Adela Rodríguez, la madre*

Mujer de excepcional belleza, posee una fortuna familiar propia y considerable. Pertenece, por sus relaciones sociales, a lo que podría llamarse la aristocracia josefina de la época. No obstante, tanto ella como el general y su único hijo, Manuel, de forma contraria a lo que suele ser el uso común, aprecian a las personas por ellas mismas y no en función del nivel social o el poder económico.

#### *Manuel Fernández Rodríguez, personaje central*

Es un joven sensible, sentimental y consciente de no poseer los rasgos de belleza que sí caracterizan a sus padres. Como sucede en todo

niño según las tesis desarrolladas por Freud, encuentra su primer objeto de deseo en el cuerpo de la madre. Debe entonces, por el proceso de construcción subjetiva en ruta hacia la vida adulta, resolver el problema derivado de lo anterior, mediante la sustitución del objeto prohibido por otro objeto desprovisto de las marcas de incesto. Sin embargo, Manuel no logra superar tales condiciones, tanto en razón de su propio carácter como por el peso de un padre arbitrario y dominante, a lo que se suma la utilización que de él hace su madre, quien lo transforma en su refugio afectivo cada vez que entra en conflicto con el marido.

Por lo tanto, a modo de hipótesis, puede considerarse que el proyecto narrativo implícito en la construcción de la obra comentada, implica que al personaje central, Manuel Fernández, le resulte imposible resolver el problema edípico mediante la sustitución del objeto erótico que es su madre, por otro objeto erótico permitido: una mujer que no encarne el incesto. Tal fracaso de Manuel en el proceso de las sustituciones, habrá de conducirlo, por una parte, a la soledad final y por otra, a refugiarse en los contenidos de conciencia de su vida interior, que el artista literario convierte en música verbal y en mundo de recuerdos hechos imagen: universo trocado en valores estéticos y afectivos. De aquí surge, precisamente, el entramado de recursos cuya utilización impregnará la materia narrativa con los rasgos propios de la novela lírica. La imagen de la vida interior se vuelve visión poética del pasado, para así dar forma al mundo que se muestra en el relato.

Desde cierto punto de vista, entonces, puesto que Manuel no logra “resolver su Edipo” en el universo erótico que le es propio, recurre a “sublimarlo” en la creación estética gracias a la imagen de su vida interior, como pura contemplación estética y afectiva de la experiencia vital.

### *Samuel Jewson, el amigo*

Como ya se ha dicho, los padres deciden que Manuel acuda a un internado en Suiza, para que cumpla con su bachillerato. En el lugar conoce a Samuel Jewson, hijo de una acaudalada familia judía radicada en Inglaterra. Muchacho rebelde y de brillante inteligencia, se muestra muy interesado en el movimiento socialista inglés del fabianismo, al igual que en las propuestas del anarquismo. Mediante sus conversaciones, discusiones y su amistad, logra crear en Manuel la conciencia de las relaciones obrero patronales y

de lo que éstas significan o pueden significar. Samuel Jewson despierta en el joven amigo tanto una conciencia social más abarcadora, como la reflexión sobre condiciones del trabajo en un entorno más específico, el de los peones en la finca familiar de El Retorno. Esta influencia se vuelve importante puesto que a su regreso y después de la muerte del general, Manuel decide convertir su heredad en una cooperativa de los trabajadores, con la esperanza de que en El Retorno se hagan realidad algunos de los sueños de Samuel.

#### OTROS PERSONAJES PARA CONSIDERAR

La atractiva joven negra vendedora en la estación de Siquirres, o bien Tatiana Villiers y Desirée, en Europa, constituirán la encarnación de relaciones fallidas, dentro de la búsqueda de objetos eróticos no maternos con los cuales sustituir el deseo incestuoso.

Sin embargo, en lo imposible de la resolución edípica se confabula contra Manuel un acontecimiento más. Puesto que el joven ha emprendido viaje por otros sitios de Europa desde el internado suizo, decide visitar París y sorprender a sus padres, quienes se encuentran allí. Llega Manuel a la ciudad bajo un cielo lluvioso, sube las escaleras del apartamento que ocupa la pareja y percibe ciertos ruidos en la habitación matrimonial. Al observar por la puerta entreabierta, contempla una escena del todo inesperada en la cual su padre aparece en compañía de alguien a quien, inicialmente, identifica con alguna damisela de aventura en evidente actitud sexual, aprovechando el vacío de una esposa ausente. Pero cuando la mujer se reclina sobre el pecho del hombre, el muchacho se percata de que es su madre. Manuel siente entonces una doble traición, tanto en la realidad de sus afectos, como en el ideal de conducta sexual que él creía propio de la feminidad materna. Por lo tanto, baja las escaleras sin ser visto y retorna a Ginebra.

Debido a esa impresión de haber sido no sólo traicionado, sino también, utilizado por la madre a la que presumía indiferente a afectos maritales, el incidente marcará profundamente el alma de Manuel. Además, señala la pérdida definitiva del objeto erótico materno ante la figura del padre, verdadero poseedor de esa mujer. Más tarde, la escena de la muerte de Adela intensifica la derrota en Manuel, cuando en los momentos finales ella suelta la mano del hijo para abrazarse al general.

El conflicto central en la novela, como ya es evidente, se aglutina en torno al proceso doloroso y fallido de un hijo que no puede resolver los efectos de la triangulación edípica. El manejo del conflicto resulta a la vez muy audaz, a propósito de la conformación del relato. En una dimensión, mediante la serie de acercamientos fallidos de Manuel hacia distintas mujeres, el narrador se encarga de impedir el alcance de la plenitud vital y sexual en el joven, logro que, de plasmarse, lo habría llevado a encontrar la solución. En otro sentido, el joven tiene motivos, ciertamente, para pensar en su madre como objeto de deseo a su alcance, en vista de acercamientos en extremo cariñosos y, si se quiere, acaso no tan veladamente eróticos, que ella propicia y le permite al hijo cuando tiene conflictos con su marido, el general. El despecho ante la conducta del esposo busca compensación en el acercamiento al muchacho, para desatar así en él toda una red de consecuencias.

Cabe en este momento, a propósito de lo anterior, formular un comentario de carácter más general. En el mito griego, tal y como lo conocemos, Edipo mata a Layo sin saber que es su padre. Por el contrario, en las obras hispanoamericanas que reelaboran este tema, como Pedro Páramo y, a no dudarlo, la novela de Daniel Gallegos objeto de este análisis, el hijo sabe que el rival es en efecto su padre. Abundio Martínez mata a Pedro Páramo sabiendo quién es. En la novela de Gallegos, aunque Manuel no intenta asesinar al padre, sí provoca el intento de suicidio del general. Lo particular en esta obra radica, por lo tanto, en que el padre ejerce una constante dominación sobre el hijo, desde todo punto de vista, y hace de él su víctima, hasta el final.

En fin, el sentimiento edípico de transgresión por lo incestuoso, sumado a la impresión parricida que surge en el muchacho ante el intento de suicidio paterno, conducen al joven Manuel hacia un complejo de culpa que pretende expiar transformándose en enfermero del general. A la vez, renuncia a vivir en Europa con la amiga cuyo nombre no se da, pero que Manuel valora como la mujer que lo comprendió y que, una tarde, le enseñó lo que es el amor. Y aun cuando ha triunfado artísticamente en Europa, se le percibe como un ser solitario, reducido a esa soledad final en la cual se sumerge. Después de la muerte de su padre, que coincide con la entrada triunfal de José Figueres a San José, afirma con total convencimiento: "al final, todos perdimos". Es fácil observar que el dominio del padre no



sólo ha impedido a Manuel el acercamiento a su madre, sino que lo hace renunciar a la amada y lo deja, así, sumido en soledades.

Ahora bien -y con ánimo de atar convenientemente las líneas del análisis desplegadas hasta ahora- cabe especificar aquellos puntos de apoyo según los cuales, *El pasado es un extraño país* puede ser considerada una novela lírica. Debe destacarse, a este respecto, que desde la primera página el hablante básico se dirige a un lector interno, el cual resulta ser la amada ausente, esa mujer con la que jamás se volverá a encontrar. Ya al final, el narrador explica que se trata de una carta que Manuel nunca enviará. La obra adquiere, pues, cierta forma particular, *no* de novela epistolar, sino de pretendida misiva para la que no existe destino ni destinatario. Aparece igualmente fragmentada y, en ocasiones, incluye cortes de textos pertenecientes a un diario de su autor, lo mismo que fragmentos de periódicos.

Se había argumentado que el fracaso de Manuel en cuanto a sustituir válidamente la figura prohibida de la madre como objeto erótico, sumado al aislamiento que tal fracaso produce, lo llevan a buscar refugio en su interioridad. Adquieren entonces prioritaria importancia los contenidos de conciencia de esa vida interior del personaje, transformados por el artista que lleva dentro en música verbal, en universo íntimo de recuerdos vueltos imagen y suma de valores estéticos y afectivos. La materia novelesca construida según estos matices es lo que se ha dado en llamar, precisamente, *novela lírica*. Obra, pues, en la que no interesan, en primer lugar, el espacio exterior ni los elementos históricos que incluya, los cuales conformarán, más bien, un simple trasfondo para contemplar la imagen o vida interior del personaje. Y puesto que es expresión de un modo interno del yo, su proceder se acerca a lo que sucede en cualquier poema lírico. Esta expresividad se ve también reforzada y enriquecida por una puntual función poética, en el sentido que da a tal concepto Roman Jakobson: esto es, como elaboración de la forma en la materia verbal del texto, o en otras palabras, como trabajo musical de la frase y del período. Eficaz tarea de la imagen en todos sus aspectos: color, figura, volumen, sentido y valor simbólico, volcados en el ritmo y la musicalidad textual.



# LITERATURA E IDENTIDAD NACIONAL

*Arnoldo Mora Rodríguez*

*mora\_arnoldo@hotmail.com*

Los cambios profundos y, sobre todo, vertiginosos que se vienen presentando en el panorama político y cultural de la humanidad desde el último tercio del siglo pasado, han puesto en la agenda de asuntos a tratar o, mejor aún, de problemas a resolver o cuestiones a indagar, el de la identidad nacional. Esto se debe a que, desde que una de las más grandes ideologías revolucionarias excogitadas por Occidente en el siglo XVIII y comúnmente llamada en la historia de las ideas con el nombre francés de “Ilustración”, está definitivamente en crisis cuando no es que ya periclitó, la ideología nacionalista que la sostenía también entra en crisis.

Las ideas ilustradas tuvieron su expresión más radical con los jacobinos durante los cruciales días de la Revolución Francesa (1789), acontecimiento que cambió la historia de la humanidad. Para la Ilustración, la identidad nacional se identifica con la pertenencia a un Estado nacional; lo cual constituye un salto cualitativo en la conciencia que de sí tienen los pueblos. Aún más, para un filósofo como Hegel solo los pueblos que han forjado y rigen su vida social como un Estado nacional tienen conciencia histórica, son sujetos históricos, porque el Estado nacional representa la libertad colectiva (“voluntad general” en términos de Rousseau) o conciencia de sí colectiva de un pueblo. Es esto lo que hace que un pueblo se convierta en nación.

La base, por ende, de la nacionalidad es lo que hace viable la creación de un Estado como expresión de la conciencia colectiva. Esto llevó al nacionalismo como ideología, que culminó en el chauvinismo como forma ideológica exacerbada y que tuvo su más acabada expresión doctrinal en la obra “Discursos a la Nación alemana” del filósofo Fichte (1808). Fue este filósofo el que vio en la Revolución Francesa, no tanto el sustantivo

“revolución” como el adjetivo “francesa” y convirtió la revolución en una guerra entre “revolucionarios” franceses y sus aliados del mundo entero, por un lado, y los conservadores o monárquicos, por otro, basados estos últimos en un ideario nacionalista.

Las ideas ilustradas estuvieron, igualmente, como base ideológica en las luchas de independencia de las antiguas colonias españolas y cuyo máximo exponente fue el libertador Simón Bolívar.

El nacionalismo tuvo su más elevada expresión, más para mal que para bien, a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, es decir, desde la Guerra Franco-Prusiana (1870) hasta la Segunda Guerra Mundial. Es en este período histórico en el que las formas más extremadas del nacionalismo dieron origen al fascismo en su forma más exacerbada, como fue el nacional-socialismo o nazismo alemán.

Hoy el nacionalismo, como consecuencia de los factores históricos anteriormente enumerados, aparece como una ideología despretigiada y sospechosa de los peores crímenes que se han cometido en la historia.

Sin embargo, el nacionalismo, no solo fue una ideología política, sino que influyó en otros campos como la creación literaria y otras ramas de las bellas artes, dando origen a una fecunda y variopinta corriente estética.

En la historia del arte, no solo se habla de nacionalismo refiriéndose a un país, sino también a regiones. El regionalismo, en su forma más cultivada en nuestro medio, fue el “costumbrismo”, que proviene del provincialismo, originado en la reacción de las provincias españolas en contra del centralismo de Madrid.

Dentro del contexto cultural propio del costumbrismo, nace en Costa Rica desde finales del siglo XIX nuestra literatura. Aún más, es en esos años cuando, sin tener aún una literatura propia o, al menos, obras literarias realmente significativas, ya se da un debate en torno al nacionalismo en literatura que ha hecho historia en nuestra cultura y que marca el inicio de nuestras letras nacionales. Con ello se demuestra, desde sus orígenes, nuestra natural inclinación, nuestro talante nacional, hacia la literatura de ideas o ensayo. A diferencia del resto de países de Centro América, donde la creación literaria, tanto en narrativa, como en poesía, ha producido grandes figuras desde sus inicios, los costarricenses han cultivado en primer lugar el género ensayístico o literatura de ideas, como

varios historiadores de la literatura lo destacan, y así lo descubrieron, no sin admiración, observadores sagaces como Martí de visita en el país, y Rubén Darío quien, incluso, vivió y se casó en nuestro medio. Esto se refleja hoy día cuando es frecuente, como lo atestiguan los librerías, que un libro de poesía se venda mucho más lentamente que un ensayo sobre historia de la poesía.

La crisis de nuestra identidad nacional estalla en la década de los ochenta, después de haber vivido una década en que el fervor patriótico, la conciencia ideológica revolucionaria tuvieron su más alta expresión histórica en toda la región centroamericana con las luchas en contra de las tiranías militares en los países al norte de Costa Rica y, especialmente para nuestro país, en la lucha militar y política en contra de la dictadura más cercana, la monarquía de los Somoza en Nicaragua. Su caída y el triunfo de la Revolución sandinista (1979) significó la apoteosis de esa época y su visión de mundo.

Siguiendo una especie de tácita ley de la historia, a un apogeo sigue una caída, como lo señala Sartre en su última gran obra filosófica "Crítica de la razón dialéctica". En Costa Rica esta efervescencia ideológica se traduce, no solo en el auge de los partidos políticos de izquierda, en la colaboración prácticamente unánime, tanto política, como militar, en la caída de los Somoza, sino también en el periodo de oro de una forma de expresión de actividades culturales o cultivo de las bellas artes, aquella que gira en torno al Estado nacional. A inicios de esa década se creó, durante la última Administración del último caudillo histórico de este país, D. José Figueres (1970-1974), el Ministerio de Cultura. Teatro y música sinfónica, producción de libros y revistas culturales, tuvieron en el recién creado Ministerio de Cultura, su gran motor e inspirador que canalizaba el interés del Estado por fomentar la creación y difusión de la cultura, todo dentro del marco de una clara política donde el fomento de nuestra identidad era el objetivo principal.

La presencia en nuestro medio de un significativo número de artistas e intelectuales provenientes de países del Cono Sur y de otros países de Centro América, donde imperaban las dictaduras de "seguridad nacional", contribuyó significativamente a este fenómeno. Estos creadores veían en la lucha contra Somoza y contra los regímenes militares de El Salvador y Guatemala, una manera de contribuir con mayor éxito que en sus propios

países, a hacer realidad las ideas socialistas que los habían llevado hasta el exilio en Costa Rica.

Por contraste, la década siguiente vio el declive del Ministerio de Cultura, tanto en sus concepciones y programas, como en su financiamiento. Pero esto no significó un declive en la capacidad de creación de los artistas del país. Especialmente notoria fue la producción en poesía, aunque disminuye en narrativa y decae en teatro, mientras la renovación de la orquesta sinfónica y la formación de jóvenes músicos se consolida.

La década de los noventa ve el resurgir de la novela, pero no logra el despertar o la renovación del teatro, pero sí de las artes plásticas y la música. Con esto culmina el siglo XX y, a partir del año dos mil, solo tenemos puntos suspensivos, pues si algo es difícil en historia por no decir imposible, es hacer historia de lo contemporáneo. La historia nos parece tanto menos historia cuanto más cercanos se dan los hechos en el tiempo, pues toda historia implica un juicio de valores, fijar un orden cronológico que supone, incluso, establecer una relación de causalidad o, al menos, una concatenación de hechos y nombres, que es tanto más significativa cuanto que se expone a omisiones, exageraciones e injusticias. Realidades objetivas y opiniones subjetivas se mezclan, y esto es tanto más relevante cuanto que quien escribe no es un observador distante como podría ser un observador de las artes o de la literatura que, a su vez, no es creador en esas artes sino tan solo eso: un historiador y un crítico. Un novelista o un poeta cuando pretenden hacer crónica histórica, siempre podrán ser acusados de parcialidad o subjetividad con más argumentos que cuando de un historiador o de un crítico profesionales se trata.

De ahí que quien se propone hacer la historia contemporánea y, en general, la historia de aquello que se ha vivido como protagonista inmediato, suele hacer o acercarse al papel propio del periodista. Son los periodistas o, al menos quienes cultivan la crónica periodística, quienes se convierten en la conciencia histórica de su tiempo y su función resulta, por ello mismo, indispensable y una fuente preciosa para los historiadores.

En el buen periodista se mezclan por igual el escritor crítico y el historiador, el creador de ensayo literario y el observador agudo y penetrante de la realidad circundante, en que se combinan con raro equilibrio la pasión y el gusto personal con la lucidez y la objetividad, pero cuya ausencia, cuando se da, obnubila la racionalidad serena y equilibrada. Difícil reto

intelectual y ético, sin duda, el de poder lograr ese sabio balance entre el gusto personal y el juicio analítico, entre la indagación erudita que busca las raíces de una obra y su contexto, el destacar lo novedoso y lo original y, en lo personal, entre la amistad y el aprecio personal por el autor, por un lado, y el valor real de una obra y su oportunidad, por otro, cuando, con no poca frecuencia, en un medio cultural limitado, el apellido del autor a veces cuenta más que la calidad de su obra.

Por eso, solemos decir que, en última instancia, será el “juicio de la historia”, vaga reminiscencia de lo que un creyente llamaría “la Divina Providencia”, la que, en definitiva, habrá de determinar el valor de una obra y criba el trigo de la paja.

Sin embargo, en el entorno inmediato, la crónica periodística y, en general, el juicio crítico de los contemporáneos siempre cuenta y, para el historiador siempre es una fuente invaluable, incluso, a veces insustituible, dado que la verdad histórica consiste en la constatación de los hechos, aunque el historiador mismo casi nunca es testigo de los hechos que narra y analiza. La fuente crítica de la verdad histórica siempre suele ser, por ende, aquella que posea la mayor cercanía a los hechos narrados.

El testigo directo, como siempre en la historia, tiene un peso significativo, es una fuente, tanto más creíble y, por ende, valiosa, cuanto más cercana es a los hechos narrados. De ahí que el análisis crítico, el testimonio periodístico, la interpretación personal inmediata, incluso el protagonismo sigue siendo una fuente insustituible aun cuando debe siempre mantenerse una distancia crítica frente a sus opiniones, dados los factores limitantes debidos a la carga de subjetividad como hemos mencionado líneas arriba.

En última instancia, siempre será la inteligencia y madurez crítica del cronista-crítico las que inclinen la balanza a la hora de juzgar una obra y su autor máxime cuando de arte se trata, dado que aquí el aporte de lo subjetivo es considerablemente mayor.

Todo lo anterior viene a colación cuando se pretende analizar y reseñar una colección de ensayos sobre las letras costarricenses de las últimas décadas, como la que ha publicado el periodista, poeta y novelista Carlos Cortés, con el título un tanto provocativo *La invención de Costa Rica*, con el sello editorial de la Editorial Costa Rica (San José, 2003).

Más que una obra unitariamente estructurada, se trata de un conjunto de ensayos en que el género periodístico, que es propio del autor por su formación profesional, se mezcla con un afán ensayístico propiamente tal, es decir, como género de literatura de ideas; todo esto animado de una evidente preocupación por hacer crónica histórica y cumplir el papel de crítico literario.

Desde el punto de vista de la historia de la literatura, Cortés se inspira en un orden cronológico a fin de establecer una división en períodos. Para ello, nuestro autor sigue, en términos generales, la cronología más corriente o de sentido común, a saber, la marcada por el calendario. Cortés divide los períodos en décadas. Así, el autor analiza de modo particular, las dos últimas décadas del siglo recién concluido y del que ha sido testigo presencial y protagonista, pues Carlos Cortés ha sido un excelente poeta y novelista laureado dentro y fuera del país.

Su contacto con las figuras analizadas y con el mundo literario de habla española y francesa, ya que igualmente residió y estudió en España y Francia, es evidente. El haber ocupado altos puestos en una de las mayores empresas periodísticas del país y una de las más importantes de la región centroamericana, le permitió, igualmente, ocupar un lugar de privilegio para situarse en una especie de observatorio o atalaya de la vida y el quehacer culturales, no solo del país, sino de toda la región e, incluso, más allá.

De ahí que la obra, corta en su tamaño (183 páginas) constituye un documento invaluable para quienes quieran arrojar una mirada crítica al quehacer literario de las últimas décadas en nuestro país y para quienes en el futuro quieran hacer historia de este período de nuestras letras.

Como se ve, el criterio para delimitar los períodos históricos, contrariamente a lo que sucede en todos los manuales de historia de las artes, en general, y de la literatura, en particular, no se da inspirado en el criterio que el filósofo español José Ortega y Gasset llama “generaciones”, ni por corrientes o escuelas estéticas, sino siguiendo la cronología que señala el calendario, es decir, por décadas, aplicadas en todos los sentidos, pero especialmente en lo que a la producción cultural se refiere.

Sin embargo, la colección de ensayos que componen esta obra, no sigue un orden cronológico de creación de la obra, o de su aparición en librerías, sino un orden temático. Esto no deja de ser una limitante puesto que se trata de analizar obras y hechos pero no autores.



Sin embargo, la circunstancia concreta o contexto dentro del cual el ensayo fue escrito es determinante para saber a qué se refiere el autor y para establecer la evolución de los criterios en que se ha inspirado para emitir sus juicios. La madurez personal y la visión de mundo en que se enmarca el itinerario de un autor están marcadas por la opción de vida. Y esto es, tanto más importante, cuanto que nuestro tiempo se caracteriza por la vertiginosa sucesión de los hechos y la universalidad, eficiencia y rapidez de la información, el acceso a las fuentes de información, de modo que los juicios pueden cambiar con la misma rapidez con que cambian los acontecimientos.

Por eso, hubiese sido útil combinar los criterios cronológicos con los temáticos a la hora de ordenar los materiales que constituyen este interesante aunque breve libro. La obra, sin embargo, no desdeña inspirarse, igualmente, en un orden lógico: aquel que va de lo más general a lo más particular. Se trataría de aplicar el método deductivo, como solemos decir en filosofía, y que se aplica en las ciencias formales, tales como la lógica y las matemáticas. No se trata de analizar los hechos como punto de partida, sino de establecer el marco teórico conceptual dentro del cual los hechos son analizados.

En conclusión y a pesar de su heterogeneidad y parcialidad, esta obra merece destacarse como el primer intento de hacer la historia de las letras nacionales de las dos últimas décadas de siglo XX por alguien que ha vivido el quehacer cultural intensa y lúcidamente.



# ¡ENHORABUENA, COCORÍ!

*Estrella Cartín de Guier*

**L**os costarricenses hemos presenciado recientemente una polémica de corte inusual en nuestro medio. El tema en discusión ha sido una obra literaria: COCORÍ, el relato maestro de Joaquín Gutiérrez, una de las más reconocidas obras de la literatura costarricense.

Pero lo interesante y a la vez positivo de esta polémica ha sido la disposición de la sociedad para atender y reaccionar ante el debate creado. Se ha suscitado enorme interés por la obra. El que no la había leído, corrió a hacerlo y quien ya la conocía y se había deleitado con ella, la releyó con nuevos ojos. El interés por una obra literaria ha sustituido por unos días los más gratos temas del costarricense: la política y el fútbol. Síntoma todo esto de un avance del nivel cultural del país, porque solamente una comunidad culta y reverente de sus valores reacciona de esa manera ante el destino de una de sus obras más apreciables.

Se han publicado múltiples y conceptuosos artículos sobre el relato; se han realizado mesas redondas, entrevistas, debates, etc. y lo más importante es que no solamente han participado nuestros intelectuales, sino que estudiantes, padres de familia y el pueblo en general se ha involucrado en el asunto y está ávido de recabar opiniones sobre el tema. ¡Enhorabuena! Cocorí.-

Aprovecho la ocasión para exponer algunas reflexiones sobre la obra como creación literaria.

El epígrafe de una obra es un elemento deíctico o marca textual que sintetiza el contenido de un texto y orienta al lector acerca de la intencionalidad del autor y el desarrollo de la temática.

El epígrafe de Cocorí está tomado de un soneto de Quevedo y alude a un tema de antigua tradición cultural: la fugacidad de la vida y las vanidades humanas, simbolizada en la brevedad de la vida de la rosa.- “A breve vida nace destinada, sus edades son horas en un día.” Símbolo reiterado en la literatura grecolatina, aparece en Horacio asociado al tema del *Carpe diem* (Gozad el día).

Esa exhortación a gozar de la vida y a gustar el fruto de la primavera pasa de la cultura clásica al Renacimiento en que es posible rastrear el tema en poetas como Garcilaso de la Vega, Poliziano, Ronsard. En un soneto del poeta toledano leemos: “En tanto que de rosa y azucena/ se muestra la color en vuestro gesto/ y que vuestro mirar airado, honesto/ enciende el corazón y lo refrena.../ Coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto.../ Marchitará la rosa el viento helado/ Todo lo mudará la edad ligera.”

En el barroco es visible de nuevo el tema en Góngora y Quevedo. Un soneto de Quevedo, alusivo a la rosa comienza así:

“Naciste ayer y morirás mañana/ ¿para tan breve ser quien te dio vida?”

La obra de Joaquín Gutiérrez está inserta en la tradición de la cultura universal. El autor en la configuración del protagonista está recreando los grandes arquetipos de la cultura occidental.

Cocorí es un héroe a la manera del héroe universal. Este es un personaje que, impulsado por un acontecimiento crucial en su vida, emprende un viaje en busca de la verdad, la justicia y los más nobles valores del ser humano. En ese viaje único el héroe debe superar pruebas y vencer obstáculos. Ejemplos de este arquetipo heroico son: Jasón, en pos del Vello de Oro, Ulises, Don Quijote, etc. Cocorí responde a este paradigma. Es un niño pensador, inquisidor, que busca una verdad. Necesita una explicación para algo ilógico: la muerte prematura de su rosa. ¿Por qué si ésta era tan hermosa y lo hizo feliz, vivió solo una hora, en tanto, que otros tienen una larga e inútil existencia?

En busca de esta respuesta, emprende su periplo por la selva y se enfrenta a peligrosas aventuras. El crucial acontecimiento motivador en su vida ha sido el encuentro con la niña del barco. Esta se convierte en la dama de sus sueños, es su Dulcinea. En su viaje, el héroe va siempre acompañado de un escudero que, a veces temeroso, lo secunda en sus aventuras. Cocorí comparte sus andanzas con el monito Tití.

En su recorrido indagatorio visita al campesino, quien no está para dar respuesta a niños preguntones; interroga a la tortuga, cuya experiencia de la vida la ha convertido en filósofa y aconseja al niño que visite al caimán y a Talamanca, la Bocaracá. Pero ninguno es capaz de dar una respuesta a Cocorí.

Es, finalmente, el Negro Cantor, el artista, el filósofo, el que como otro Orfeo que encantaba a los animales con la música de su lira, congrega a su alrededor las abejas con el hilo de miel de sus melodías, quien le da la respuesta. De nuevo, dentro de la tradición de la cultura universal, la verdad está en el arte, su poseedor es el creador artístico.

Es él quien responde satisfactoriamente a Cocorí. Ante la queja del niño por la brevedad de la vida de su rosa que era linda y buena, responde sabiamente: “Te engañas Cocorí, no fue una vida corta. ¿No viste que tu rosa tuvo una linda vida? ¿No viste que cada minuto se daba entera hecha dulzura y perfume? ¿No ves que tu rosa tuvo en su vida luz, generosidad, amor? Tu rosa vivió en algunas horas más que los centenares de años de Talamanca y don Torcuato. Porque cada minuto útil vale más que un año inútil.”

Esta universalidad de la obra y su arraigo en la cultura occidental las ha reconocido el lector europeo y esto podría explicar en parte la entusiasta acogida que el relato ha tenido fuera de la patria.

Su universalidad, unida a los valores básicos del comportamiento humano contenidos en la obra, tales como: amor, amistad, solidaridad, verdad, generosidad, hacen de Cocorí un libro cuya lectura se vuelve imprescindible y obligatoria para niños y jóvenes.

No permitamos que estos valores se opaquen y se dañe la comprensión del texto por enfrascarnos en una estéril lectura en blanco y negro.-

*11 de agosto de 2003.-*



JUAN DURÁN LUZIO: *Senderos de Identidad (Diez ensayos sobre literatura costarricense)*.  
Editorial Costa Rica, San José, 2003.

*Eugenio Rodríguez Vega*

LA Editorial Costa Rica publicó recientemente *Senderos de Identidad (Diez ensayos sobre literatura costarricense)*, del doctor Juan Durán Luzio. Se trata de diez estudios sobre temas de literatura nacional, casi todos aparecidos en importantes revistas especializadas nacionales y extranjeras. El libro tiene un interés indudable, no solo por la originalidad de las observaciones del autor sino también porque algunos de los ensayos van a tener ahora la extensa divulgación que justamente merecen.

El doctor Durán Luzio, de indudables credenciales académicas obtenidas en universidades europeas y americanas, es un investigador chileno venturosamente vecindado en Costa Rica desde hace muchos años. Sin perjuicio de su chilenidad a toda prueba, ha ido identificándose poco a poco con nuestro país, a tal punto que hoy es un especialista en los temas de la literatura costarricense, que con toda autoridad está mostrándonos desde hace tiempo libros, autores y episodios en los que tal vez no habíamos reparado. Su labor es extraordinariamente útil porque ilumina con una nueva luz algunas cosas que dábamos por sabidas, y nos señala con mirada certera detalles imprevistos.

Desde Cristóbal Colón a Laureano Albán, el autor analiza figuras tan importantes como Vázquez de Coronado, Liendo y Goicoechea, Florencio del Castillo, Manuel Argüello Mora, Soto Hall, Gagini, García Monge, Max Jiménez y Joaquín Gutiérrez. Desdeñando el torpe prejuicio de algunos sobre la literatura costarricense, que los lleva a menospreciar o a desconocer las primeras manifestaciones de nuestra cultura, el autor se acerca a Liendo, a don Florencio del Castillo, a Argüello Mora con la sincera

intención de comprenderlos. La personalidad de Liendo y Goicoechea se traza cuidadosamente, lo que debemos agradecer porque nos muestra muy claramente a quien Láscaris considera como un “típico enciclopedista”. Es sorprendente que el autor, sin ser costarricense, se haya interesado tanto y con tanta profundidad en los temas que irremediamente andan por los senderos de nuestra identidad.

Llamamos la atención sobre el ensayo en torno a la poesía de Laureano Albán, uno de los mejores textos que se han publicado sobre el gran poeta costarricense.



# ALGUNOS ASPECTOS LINGÜÍSTICOS Y SOCIOCULTURALES DE LA INFLUENCIA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS EN LAS VARIEDADES AMERICANAS DEL ESPAÑOL

*Adolfo Constenla Umaña*

## 0. INTRODUCCIÓN

**E**l tema del español en contacto con las lenguas indígenas nos lleva a plantearnos una serie de preguntas como ¿cuál ha sido la naturaleza de este contacto?; ¿a qué tipo de fenómenos lingüísticos ha dado origen?; ¿cuáles han sido los factores socioculturales determinantes en esta situación de contacto y en sus efectos lingüísticos?; ¿cuán grandes han sido estos efectos?; ¿han sido semejantes en todos los lugares a lo largo de los siglos en que se ha estado dando el contacto?, y, finalmente, ¿cuál es su importancia desde el punto de vista sociocultural?

A continuación plantearé mi punto de vista en torno a uno de los aspectos de esta cuestión: el efecto en el español; únicamente al final y muy de paso, mencionaré brevemente la otra cara de la medalla, esto es, el efecto en las lenguas indígenas.

## 1. LA NATURALEZA DEL CONTACTO: EL ESPAÑOL COMO LENGUA DOMINANTE

La característica fundamental del contacto entre la lengua española y las lenguas indígenas americanas ha sido la dominación de los hablantes de las segundas por los de la primera, determinada por la conquista de los territorios que componen a Hispanoamérica por parte de los españoles y la continuidad que obviamente se da entre la realidad originada durante la colonia y las entidades políticas hispanoamericanas surgidas en el siglo XIX con la independencia. Este hecho extralingüístico básico ha ahormado todos

los factores socioculturales de esta situación de contacto y, en consecuencia, ha decidido y sigue decidiendo los tipos y, sobre todo, el grado de interferencia que se han dado. Esto resulta obvio si se hace un repaso de algunos de los elementos constituyentes del escenario sociocultural.

Las actitudes estereotipadas hacia las lenguas favorecen al español cuyo predominio ha ido creciendo de manera constante a lo largo de los cinco siglos transcurridos desde su llegada a América y que ocupa un puesto más alto en la escala de prestigio en todos los países hispanoamericanos como lengua de la administración, de la educación formal, de la literatura erudita, de los medios masivos de comunicación, de las clases dominantes y lengua materna, actualmente, con la excepción de Paraguay, de una porción mayoritaria de la población que abarca a los habitantes de las principales ciudades. En general, es tanto la lengua de la promoción social como la que permite comunicarse con mayor número de personas en el ámbito nacional y regional.

La valoración de las lenguas indígenas, en cambio, después del siglo XVI, en la etapa de la conquista y principios de la colonia, cuando fueron vistas por los españoles como elementos útiles y con frecuencia indispensables para la consecución de sus finalidades (Triana y Antorveza 1987:91), sufrió una constante disminución que culminó en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando por primera vez la monarquía española manifestó explícitamente interés en su extinción (ibídem 505-11). Esta falta de valoración, que es parte de la que se hace a las culturas indígenas en general, se mantenido hasta el presente (Chaves Mendoza y otros, 1995: 209-227) , si bien desde hace algo más de 50 años han surgido movimientos que, con grandes limitaciones en los medios y los resultados, luchan por su conservación y su incorporación a la educación formal, la administración y los medios masivos de comunicación.

El interés en el bilingüismo por parte de los hablantes del castellano como lengua materna, si se exceptúan los misioneros, fue un fenómeno limitado que se dio más que nada en el siglo XVI y la primera mitad del S. XVII. Con el tiempo incluso, al decrecer la utilidad de las lenguas indígenas, se fueron haciendo más frecuentes las afirmaciones que negaban la posibilidad de que los hispanohablantes las aprendieran a hablar debidamente. En cambio, los indígenas tuvieron que sentir crecientemente la necesidad de

aprender el castellano, además de que, sobre todo a partir del siglo XVII, se fueron adoptando medidas para obligarlos a hacerlo. En consecuencia, con la excepción del caso muy particular del Paraguay, el bilingüismo desde hace mucho se ha dado casi exclusivamente entre quienes tienen lenguas maternas indígenas.

Como es de esperarse a partir de todo lo dicho, la actitud ante la estabilización de las interferencias en forma de préstamos y la mezcla lingüística (Weinreich 1963: 85) ha sido muy diferente de parte de los hablantes del español y de los de las lenguas indígenas. Los primeros, desde fecha temprana han manifestado mucha menor tolerancia hacia estos fenómenos (véase, por ejemplo, Triana y Antorveza 1987: 391-395).

Todo lo anterior ha ocasionado que, en general, fenómenos relacionados como la alternancia de códigos, la generación de variedades mixtas y la muerte y reemplazo de lenguas se hayan visto limitados, como el bilingüismo, a las poblaciones indígenas.

## 2. FENÓMENOS LINGÜÍSTICOS ORIGINADOS POR EL CONTACTO ENTRE EL CASTELLANO Y LAS LENGUAS INDÍGENAS

Uriel Weinreich, en el libro clásico por excelencia sobre el contacto lingüístico (1963:1), que voy a tomar como marco básico en esta exposición, definió este fenómeno de la siguiente manera:

se dice que dos o más lenguas están en contacto si son usadas alternativamente por las mismas personas. Los individuos usuarios de las lenguas son el sitio del contacto.<sup>1</sup>

El resultado de la situación de contacto lingüístico, de acuerdo con el mismo autor, es la interferencia entre las lenguas (ibídem):

La práctica de usar alternativamente dos lenguas se denominará bilingüismo y las personas implicadas se denominarán bilingües. A los casos de desviación con respecto a las normas de una u otra lengua que se dan en los bilingües como resultado de su familiaridad con más de una lengua,

---

<sup>1</sup> A lo largo de la exposición, doy mi traducción al castellano, no el texto original, de los pasajes que cito de obras publicadas en otras lenguas.

esto es, como resultado del contacto de lenguas, se hará referencia con el término fenómenos de interferencia. Son estos fenómenos del habla y su impacto en las normas de cada lengua expuesta al contacto lo que despierta el interés del lingüista.

La interferencia puede tener un efecto muy profundo en las lenguas que la experimentan. Weinreich (ibídem) señala que puede implicar:

el reacomodo de pautas resultante de la introducción de elementos foráneos en los dominios más acabadamente estructurados de la lengua, como el grueso del sistema fonemático, una gran parte de la morfología y la sintaxis y algunas áreas del vocabulario (parentesco, color, clima, etc.).

El contacto y la interferencia pueden llevar en última instancia a fenómenos como el reemplazo de una lengua por otra o la aparición de nuevas variedades.

En el caso del español de América, se han dado posiciones muy opuestas por lo que respecta al efecto del contacto con las lenguas indígenas. Algunos como Lenz (1940), Mediz Bolio (1951) y Mántica (1973) consideran que el efecto, en los casos tratados por ellos, ha sido muy profundo y decisivo. Otros como Alonso (1953), Malmberg (1965) y Lope Blanch (1968) opinan lo contrario.

## **2.1. La interferencia de las lenguas indígenas en el castellano de los bilingües**

Si examinamos la bibliografía, podremos observar que el contacto del español con las lenguas indígenas permite ejemplificar prácticamente todos los tipos posibles de interferencia señalados por Weinreich. A continuación daré una serie de ejemplos de interferencia fonológica y gramatical en favor de esta afirmación tomados del castellano de algunas de las etnias indígenas de Costa Rica. No tomaré en cuenta la interferencia léxica, por razones de espacio y porque las observaciones han llevado a un reconocimiento general de su realidad (en tanto se ha cuestionado más la de otros tipos, en especial la de la interferencia gramatical).

### 2.1.1. Interferencia fonológica

Linger (1991) informa sobre la presencia de vocales nasales en el español de bribri bilingües. Uno de los entornos en que se dan estas vocales nasales es aquel en que van precedidas por una consonante nasal, como en los siguientes casos<sup>2</sup>:

['māh]	'más'
['nō]	'no'

Linger interpreta los fonos nasales en cuestión como alófonos de los mismos fonemas a que pertenecen los fonos vocálicos orales. Sin embargo, ejemplos en que, donde se esperaría en castellano estándar encontrar consonantes orales, aparecen consonantes nasales parecen plantear una interpretación completamente distinta de los hechos:

['mṵẽnõ]	'bueno'
['mṵẽŋ]	'bien'
['ṵẽnõ]	'lleno'

En bribri (lengua chibchense del sur de Costa Rica), debido a una regla de extensión regresiva de la nasalidad de los fonemas vocálicos nasales (Constenla Umaña 1985), se nasalizan las oclusivas sonoras, de modo que [m], [n] y [ŋ] son alófonos, respectivamente, de /b/, /d/ y /dʒ/. Pareciera, entonces, que los informantes de Linger que produjeron las formas citadas hubieran trasladado a su castellano tanto la oposición vocálica nasal/oral (un caso de supradiferenciación) como la interpretación de las consonantes nasales como realizaciones de las oclusivas sonoras (un caso de infradiferenciación). Conjuntamente, estas dos manifestaciones de interferencia ejemplifican también otra: la reinterpretación de distinciones.

Otro ejemplos de interferencia, la una fonemática y la otra fonética (reemplazo de fonos), son la presencia de un fonema /ʃ/ en el castellano de los

---

2 En las transcripciones, empleo el Alfabeto Fonético Internacional.

los bribris bilingües, procedente de préstamos simples, (por ejemplo en los topónimos Shiroles y Shuab, bribri [ʃiróʎi] y [ʃuwâb], respectivamente) y el empleo de [b] en posiciones en que el castellano estándar presentaría [β]: [ʔabe] en vez de [ʔaβe] 'ave'.

### 2.1.2. *Interferencia gramatical*

El estudio citado de Lininger también muestra numerosos casos de interferencia sintáctica, como se puede apreciar en los siguientes ejemplos:

(a) En bribri no existe verbo copulativo ecuacional equivalente al castellano 'ser' (en cambio, en la mayor parte de las copulativas ecuacionales, el tópico de la oración va marcado por una posposición). En el castellano de los bribris el verbo *ser* se omite con cierta frecuencia:

esa mi nieta	'esa es mi nieta'
hoy domingo	'hoy es domingo'.

(b) En bribri no se dan adverbios negativos como en castellano; sus equivalentes son secuencias de partícula negativa más adverbio, como en [kí mík isûkulè dʒě tû] 'nunca lo he visto yo' (literalmente: 'no cuando lo ver-anterioridad yo ergatividad'). Esto explica construcciones como:

siempre no hay	'nunca hay'.
----------------	--------------

(c) En bribri los topónimos se conducen adverbialmente, de modo que no se usan (como en el caso de los nombres comunes) posposiciones con ellos para indicar estado en un lugar, movimiento hacia él o proveniencia de él; un ejemplo es [iě sâkě ãmúboli] 'él vive en Amubre' (literalmente 'él vivir-imperfectivo-habitualidad Amubre'). La siguiente oración sigue dicha pauta:

ese viene Talamanca.

(d) El bribri carece de artículos y en el castellano de los informantes de Lininger estos faltan con cierta frecuencia:

bebé no habla español	'el bebé no habla español'
es cama de mi hermana	'es la cama de mi hermana'.

(e) En bribri no existe la oposición de género masculino/femenino ni, en general, concordancia entre verbo y el equivalente del sujeto del castellano (el absoluto o el ergativo). Estos hechos se reflejan en enunciados como:

duele los manos	'las manos duelen'
ya se pasó las cosechas	'ya pasaron las cosechas'
nosotros lo hace	'nosotros la hacemos'
	(se refiere a la comida).

(f) En bribri el absoluto (equivalente del sujeto del verbo intransitivo) no permite traslado a la derecha del verbo. Esta regla se extiende al castellano en casos como el siguiente (que no corresponden al uso general de los costarricenses):

¿cómo usted se llama? (cf. bribri [*îmã bë kiè*] '¿cómo se llama usted?', literalmente 'cómo usted llamarse-imperfectivo')

En el castellano de otras comunidades indígenas costarricenses se pueden apreciar fenómenos semejantes de interferencia. Un ejemplo es el uso, que he observado tanto entre borucas como guatusos, incluyendo a monolingües en castellano, del pronombre usted con las formas verbales correspondientes al voseo (las lenguas indígenas del área no tienen ninguna distinción del tipo usted/vos), como en el caso de

¿cómo estás usted?

A veces sorprende el tipo de detalles que pueden ocasionar la interferencia. Por ejemplo, entre los borucas, incluso monolingües en castellano

(actualmente casi la totalidad de los miembros de la etnia), se usa el pronombre de primera persona plural acusativo/dativo como posesivo:

vino a nos pueblo.

Esto es un calco evidente de lo que ocurre en la lengua boruca, en que el pronombre /dìʔ/ se usa para las dos funciones, en tanto que para las de sujeto o término de posposición se añade redundantemente el pluralizador /róxk ~ róx/:

/dìʔ ú/	'nuestra casa'
/dìʔ bèdzàŋíʔʃiŋ/	'no nos quiere'
/dìʔ róx kì dàbàkrá/	'nosotros llegamos'
/dìʔ róx éʔdé/	'con nosotros'

## 2.2. La convencionalización de las interferencias en la forma de préstamos en la lengua

Weinreich trivializó completamente el concepto de préstamo (haciéndolo prácticamente inútil) al limitarlo a “mero añadido a un inventario” y a designación de la “transferencia de un elemento como tal” sin tomar en cuenta el sistema. Por otra parte (ibídem: 11), distinguió entre el efecto del contacto en el habla de los bilingües, que puede ser algo incluso totalmente individual y pasajero, y el efecto en la lengua:

En el habla se da continuamente [la interferencia] en los enunciados del hablante bilingüe como resultado de su conocimiento personal de la otra lengua. En la lengua, encontramos fenómenos de interferencia que por presentarse frecuentemente en el habla de los bilingües, se han convertido en algo habitual y se han estabilizado.



A este respecto, considero provechoso usar el término *interferencia* para referirme al mecanismo general presente en toda situación de contacto que puede llevar en cualquier momento a la aparición de nuevas formas en el habla, y *préstamo* para referirme al fenómeno de cambio (fonológico, morfosintáctico, léxico, semántico) que se da cuando una forma producto de la interferencia se incorpora definitivamente en el sistema de la lengua reemplazando parcial o totalmente algo preexistente (que, por supuesto, puede ser cero), diferencia terminológica, paralela a la que desde hace tiempo se ha planteado entre creación analógica y cambio analógico (Hoenigswald 1960:47, 59-60).

En el caso del español y su contacto con las lenguas indígenas en América se cumple el señalamiento de que (Weinreich, *ibídem*: 44):

Claramente, se incorporan menos fenómenos de interferencia en la lengua como código de los que se dan en el habla de los bilingües.

Los préstamos de las lenguas indígenas en el habla de los hispanoamericanos monolingües en castellano, actualmente la inmensa mayoría de los habitantes del área, constituyen, en general y como cabe esperar, un fenómeno de proporciones muy inferiores al de las interferencias que se dan entre los bilingües. Esta disminución de magnitud afecta también a los tipos: mientras que en los bilingües de cualquier país las interferencias abundan en todos los aspectos de la lengua, en los monolingües, con frecuencia, los préstamos se limitan más que nada al léxico.

Como en todos los aspectos relacionados con el tema, la situación del español en Paraguay presenta características únicas. El porcentaje de habitantes monolingües en español en aquel país era en 1982 apenas un 6,5% frente a un 48% de bilingües en español y guaraní (de Granda 1994: 290). El español paraguayo, en consecuencia, es una variedad hablada más que nada por bilingües y se suele reconocer como la única con una influencia indígena evidente (Lope Blanch 1968: 33).

### *2.2.1. Préstamos gramaticales y fonológicos*

La situación más común aludida en el último párrafo no excluye que algunas poblaciones monolingües muy localizadas manifiesten un español

con un sustrato indígena muy fuerte, como sucede, para citar un ejemplo, en el de los estratos sociales más bajos de Resistencia, ciudad del noreste de Argentina (Quant e Irigoyen 1980) en que se dan numerosos fenómenos sintácticos, de una naturaleza semejante a los que se han encontrado entre bilingües, que han sido relacionados con el guaraní, lengua muy hablada en el lugar hasta el siglo XIX. Se trata en estos casos de la adopción, como lenguas maternas de ciertos grupos, de hablas que eran originalmente dialectos étnicos (Zimmermann 1992: 236-7), esto es, variedades colectivas de una segunda lengua restringidas a una etnia bien arraigada en el territorio que ocupa.

Sin embargo, como han señalado Harris y Campbell (1995: 149), dadas las circunstancias apropiadas, “virtualmente cualquier cosa puede (en última instancia) tomarse en préstamo”. En unos pocos casos, se ha planteado la existencia de préstamos gramaticales de carácter muy íntimo que afectarían al castellano de regiones bastante amplias. Uno muy llamativo, tanto por su extensión como por el hecho de no tratarse de una simplificación por pérdida de oposiciones y desaparición de categorías, como se ha visto en algunos de los ejemplos presentados, sino de lo contrario, la marcación de categorías previamente ajenas al sistema, es el que planteó Hardman de Bautista de la existencia de marcación sintáctica de la evidencialidad (sobre este concepto véase, por ejemplo, Payne 1997: 251-7) en el español de Perú y Bolivia, por influencia de las lenguas indígenas andinas, sobre todo el quechua y el aymara. De acuerdo con su artículo de 1982, se marca el conocimiento adquirido de oídas por medio de tres formas del verbo decir (dice, dicen y dizque) y, el conocimiento que no consta al hablante, por medio del pluscuamperfecto (que, de acuerdo con ella, no se emplea para indicar anterioridad al pasado). Para el conocimiento que consta al hablante, no se usa ninguna marca, de modo que se opondrían

ella vio la casa	'ella vio la casa (lo cual me consta)'
ella vio la casa dice	'ella vio la casa (según lo que he oído)'
ella había visto la casa	'ella vio la casa (a mí no me consta)'

La interferencia en la morfología es menos frecuente que en la sintaxis. Como señaló Weinreich (ibídem: 31)

La transferencia de morfemas que sean tan fuertemente ligados como las terminaciones flexivas de muchas lenguas europeas parece ser extremadamente rara.

No obstante, de hecho se da, aunque casi solamente en el campo de la morfología derivativa. Por ejemplo, Nardi (1976-7) enumera varios sufijos derivativos de origen quechua existentes en el español de Santiago del Estero en Argentina, como *-na* (derivativo de sustantivos, como en *picana* 'aguijada de los boyeros'), *-ncha*, *-chi* (derivativos de verbos, como en *bolanchar* 'redondear' y *reventachir* 'hacer reventar') y *-lo* (derivativo de adjetivos, como en *mudrilo* 'mugriento'). Entre los sufijos citados por Nardi, se incluye, sin embargo, uno de carácter claramente flexivo '-y', que indica primera persona tanto en verbos como en sustantivos en quechua, y que aparece en castellano como posesivo afectivo de primera persona, como en *mamitay* 'mi mamita'.

En materia de fonología, hay variedades del español americano en las que se presenta algún fonema de bajo rendimiento adquirido por medio de los préstamos léxicos de las lenguas indígenas. El más frecuente parece ser el fricativo sordo prepalatal /ʃ/ (véase, por ejemplo, Nardi 1976-7, Lope Blanch 1972, Hardman 1982, Francis 1992). En ningún caso, sin embargo, se informa de alteraciones profundas del sistema y da la impresión de que, en general, el nivel fonológico se ha visto menos afectado que el sintáctico (por ejemplo, véase de Granda 1994: 304, para el caso de Paraguay). Más abundante es la influencia puramente fonética que se manifiesta por medio de realizaciones características de fonemas patrimoniales castellanos, como las alveolares de /t/ y /d/ y la fricativa de /b/ en posición inicial absoluta en el español de Paraguay (Malmberg 1947), las glotalizadas de las oclusivas en el de Yucatán (Wagner 1949) o la ensordecida de /l/ a final de palabra en el de Guatemala (Cojtí Cuxil 1990) para citar algunos casos.

### 2.2.2. *El préstamo léxico*

El préstamo proveniente de la interferencia de las lenguas indígenas que se da en todas las variedades del castellano en América (y aun fuera de ella) es el préstamo léxico.

En materia de préstamos léxicos Zamora (1982) señaló de manera correcta dos tipos de circunstancias en que se produjeron los préstamos en el caso que nos ocupa.

Una sería la que originó aquellos préstamos que tienen una difusión territorial más amplia, llegando a abarcar toda Hispanoamérica o la mayor parte de ella. Estos se deben ante todo a la inadecuación léxica del castellano ante la multiplicidad de elementos de la realidad americana para los que no tenía denominaciones (ibídem 168):

La necesidad de nombres nunca sería más grande que durante los primeros años. Todo lo que rodeaba a los españoles era nuevo, desconocido y, para ellos, carente de denominación: plantas, animales, comidas, viviendas, vestidos, utensilios de todo tipo, estructuras sociales y jerarquías, actividades, lugares e, incluso, las lenguas.

Por esta razón, la lengua que influyó más en el español en general fue el taíno, la primera con la que se hizo contacto y la predominante en La Española y Cuba, las bases de la actividad española durante aquel período. Otro motivo de influencia del taíno fue el papel caracterizador de los tainismos (ibídem 167), que Zamora identifica como “necesidad de prestigio” por parte de los españoles:

El conquistador ... mostraba que era un veterano de la experiencia americana reteniendo sus palabras taínas.

En orden de importancia lo siguieron el nahua y el quechua, cuya influencia se debió a su difusión por grandes territorios, a que entraron en contacto relativamente temprano con el español y al hecho de que México y Perú sirvieron de punto de partida para la conquista de otras partes de América.

Excepto por unas pocas palabras que alcanzaron alguna difusión, la contribución de todas las otras lenguas fue, más que nada, para las variedades locales. (Ibídem 169)

La otra es la del contacto y el bilingüismo prolongados:

En conclusión, los préstamos léxicos amerindios que caracterizan al español americano general se tomaron principalmente para llenar un vacío léxico y, en menor grado, porque se convirtieron en símbolos de prestigio. La mayoría de los préstamos léxicos indígenas en el

léxico de las variedades regionales o locales puede explicarse parcialmente, por supuesto, por medio de la inadecuación léxica, pero se pueden encontrar razones más importantes para su adopción en la influencia de los sustratos, especialmente en períodos prolongados de contacto lingüístico y bilingüismo.

Obviamente, las dos circunstancias a las que Zamora hace referencia tienen que ver con los dos motivos que tradicionalmente se han reconocido como los fundamentales para que se dé el préstamo: la necesidad (de llenar faltantes) y el prestigio. Al respecto del segundo factor, Hockett (1971: 389) señala lo siguiente:

Se suele imitar a las personas que se admira, lo mismo en la pauta lingüística que en otros aspectos....

Algunas veces, los motivos son un tanto diferentes: el imitador no admira necesariamente a aquellos a quienes imita, pero desea que se lo identifique con ellos y se lo trate en la misma forma.

Pienso que, en efecto, junto a la necesidad de resolver inadecuaciones léxicas, el otro factor fundamental, más que el prestigio de los hablantes de la lengua que se imita, es otro tipo de necesidad: la necesidad de identificarse, es decir, la identidad que se desea adoptar o mantener.

El contacto entre el español y las lenguas indígenas ha llevado en algunos casos más allá del préstamo incluso a la aparición, muy ocasional, eso sí, de nuevas variedades lingüísticas producto de la mezcla de lenguas y de la simplificación de la estructura o de ambos fenómenos. Aparte de los dialectos étnicos previamente aludidos, se dan:

- (a) Variedades de contacto basadas en el español, tipo *sabir*, como la que, de acuerdo con Riley (1952), se empleaba entre venezolanos hispanohablantes e indios panares. En este caso, lo más notable es la simplificación general de la morfosintaxis española y la presencia de cierto número de elementos léxicos indígenas característicos. Este tipo de variedad, como ha señalado Naro (1978) para el caso de los *sabires* de base portuguesa, parece estar basado en el registro de habla extranjerizada, ya existente en el repertorio lingüístico de los hispanohablantes como producto de sus experiencias previas de contacto.

Tengo noticia de un caso, el de los betoyes de Colombia (Montejo, sin fecha), en que una variedad que originalmente podría haber sido de esta naturaleza se ha convertido en la única lengua de la comunidad. Los datos incluidos en el breve informe de Montejo muestran, como principal particularidad, la pérdida de las oposiciones de género en artículos, pronombres, determinantes y adjetivos. Sin embargo, a partir de ellos no es posible determinar si se trata de un dialecto étnico muy desviante o de una lengua criolla. La influencia de la lengua original pareciera no darse o ser mínima: Montejo (*ibídem* 15) no encontró elementos de origen betoy en el vocabulario y, en materia gramatical, la pérdida de las oposiciones de género no se puede atribuir a esta lengua que, en singular, distinguía masculino, femenino y neutro por medio de flexiones por lo menos en los adjetivos (Constenla Umaña 1991: 71).

- (b) Variedades producto de la relexificación de una lengua indígena, como el caso de la “media lengua” de algunas provincias de Ecuador (Muysken 1979), en la que el vocabulario es español con adaptación a la fonología quichua y la morfosintaxis predominantemente de esta segunda lengua.

Las consideradas por de Granda como formas mesolectales del español de Paraguay parecieran ser, más que variedades del español, variedades mixtas, quizás del tipo tratado en (b), en vista del uso masivo de elementos morfosintácticos guaraníes que, según su descripción, se da en ellas. Esta conclusión, en mi opinión, se desprende de pasajes como los siguientes (de Granda 1994: 305 y 309), en los que se habla de la presencia en el nombre de

las marcas, sufijadas, de disminución (-*t*), de pluralidad (*kuéra*), de ponderación verificadora (-*eté/ité*), de procedencia (-guá) o de tiempo pasado (-*kué*)

y

dentro de la estructura verbal [...], de los morfemas verbales guaraníes siguientes: *kuri*, marcador de tiempo pasado inmediato; *ra'e*, de tiempo pasado no inmediato; *bína*, de aspecto durativo; *ko*, *niko/nio*, *katu*, de modo de verosimilitud narrativa; *mba'e*, de imprecisión; *gua'u*,

de inverosimilitud; *nga'u* de modalidad desiderativa; *anga*, de compasión; *ndaje*, de duda; *voi*, de aseveración; *pa*, de interrogación; *piko/pio*, de sorpresa y/o incredulidad; *na* y *anina*, de ruego, respectivamente en oraciones afirmativas y negativas; *ke* y *anike*, de intensificación en frases imperativas, respectivamente, positivas y negativas, y *kena*, *nakatu* y *anikena*, de suavización, también en oraciones imperativas, respectivamente, positivas y negativas.

### 3. MAGNITUD DE LA INFLUENCIA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS EN LAS VARIEDADES DEL ESPAÑOL AMERICANO

El número y el tipo de elementos tomados en préstamo en cada lugar, por supuesto, difiere según las circunstancias históricas particulares.

Hay que tomar en cuenta, en relación con esto, que el bilingüismo lenguas indígenas-español en Hispanoamérica es un fenómeno cuya importancia y posibilidades de influencia varían mucho. En la actualidad, hay cuatro países -Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Uruguay- que no tienen población hablante de lenguas indígenas. En Colombia, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Panamá y Venezuela la mayor parte de las etnias tienen un número muy bajo de integrantes y se encuentran muy dispersas. Las únicas lenguas que alcanzan o superan los 100 000 hablantes parecen ser el guajiro (Colombia, Venezuela), el páez (Colombia), el misquito (Nicaragua, Honduras), el guaimí (Panamá, Costa Rica) y el garífuna (Honduras, Nicaragua, Belice, Guatemala). En Chile la situación es semejante, hay una única lengua que supere dicho número: el mapuche con 400.000 habitantes. En Argentina, la mayor parte de las etnias están concentradas en el extremo norte del país y hay una lengua, el quechua, que casi alcanza el millón de hablantes, en su mayor parte inmigrantes bolivianos que viven sobre todo en Buenos Aires (Grimes 1988: 84). En México habla lenguas indígenas el 8% de la población y hay varias lenguas que superan los 100 000 hablantes. Los distintos dialectos nahuas suman cerca de un millón de hablantes y otras lenguas como el otopame y el yucateco alcanzan o superan el medio millón. El yucateco es la lengua en mejor situación por su uniformidad y cohesión territorial. Los países donde el bilingüismo español-lenguas indígenas es más notable son, sin embargo, Perú (con un 27% de hablantes de lenguas indígenas), Ecuador, Guatemala, Bolivia (con más de 40% de hablantes de lenguas indígenas) y,

sobre todo, Paraguay, donde la mayor parte de la población es bilingüe y tiene al guaraní como lengua materna.

En el caso de los lugares en que el bilingüismo masivo o no se dio nunca o dejó de darse durante los primeros dos siglos de presencia hispánica en América, debido a la desaparición de la población indígena o a la absorción de los núcleos más importantes de ella en el mestizaje, este fenómeno refleja sobre todo el primero de los motivos del préstamo, la necesidad de llenar lagunas léxicas, y presenta unas dimensiones semejantes a las de los sustratos léxicos de las lenguas prerrománicas en las románicas. Por ejemplo, von Wartburg (1966: 26) consideró que el número de palabras galas que habían sobrevivido en las lenguas románicas de Francia, unas 180 de acuerdo con su estimación, sorprendía por lo elevado.

Para ejemplificar este tipo de situación tomaré el caso de los indigenismos procedentes de lenguas de Costa Rica que se dan en el español de este país, dejando de lado los dialectos étnicos. La única lengua indígena costarricense que dio una cantidad de préstamos importante fue la de los huetares, etnia que dominaba la mayor parte del centro del país. El huetar fue considerado lengua general por los españoles, pues era conocido por los hablantes de otras lenguas tanto hacia el norte como hacia el sur, y hasta avanzado el siglo XVII se usó para predicar entre, por ejemplo, los bribris y los cabécares. Desde fines de este siglo, sin embargo, había perdido su importancia y los misioneros pasaron a emplear los idiomas particulares de las etnias de las regiones periféricas que no habían sido sometidas. El huetar se extinguió probablemente a fines del siglo XVIII o comienzos del XIX, pues en la segunda mitad de este, cuando renació el interés por las lenguas indígenas, nadie encontró hablantes a los que tomarles muestras (Constenla Umaña 1984: 12-4). El número de posibles huetarismos en el español de Costa Rica, dejando de lado los abundantes topónimos, es (por curiosa coincidencia) de unos 180 y, casi en su totalidad, se trata de fitónimos y zoónimos (Quesada Pacheco 1990). Las demás lenguas de Costa Rica, incluidas las que se conservan en la actualidad, no parecen haber aportado al español hablado en el país, casi otra cosa que topónimos. Por lo demás, no hay ningún rasgo gramatical o fonológico del español de Costa Rica, exceptuadas las variedades étnicas, que se haya propuesto se derive de la influencia de alguna lengua indígena del país.

En cambio, el caso de las variedades rurales del noreste de Argentina tratado por Nardi (1976-7), ejemplifica una situación de contacto prolongada



hasta la actualidad. Aparte de los llamativos préstamos morfológicos del quechua a los que hice referencia antes y una serie de influencias sintácticas, en esta región se utilizan unos 1000 préstamos procedentes de esta lengua que no se limitan a nombres de la fauna y la flora, sino que incluyen varios otros campos semánticos como accidentes geográficos, comidas, vestimenta, utensilios, instrumentos musicales, ocupaciones y creencias. Tenemos, pues, que en este segundo tipo de situación, el préstamo no está restringido al léxico y tiene posibilidades de crecimiento. El hecho de que sean las variedades más aisladas y rurales las que mejor conserven elementos de sustrato es, de todos modos, lo corriente, porque en ellas es también donde suele prolongarse más el contacto entre la lengua dominante y las dominadas. Von Wartburg (1966: nota al pie de la página 27) señala en el caso de las lenguas románicas de Francia:

La mayoría de las palabras galas no se han conservado más que en algún remoto dialecto local.

No obstante lo que acaba de señalarse, fuera de los dialectos étnicos y sus escasas consolidaciones como lenguas maternas de algunas comunidades, incluso en las variedades del español sometidas a un intenso contacto desde la época colonial, como las del noreste de Argentina tratadas por Nardi, no puede hablarse de una influencia que haya alterado esencialmente la fonología, la gramática o el léxico de la lengua, de modo que pudiera producirse una fragmentación. Aun en estos casos, la influencia se ha mantenido en unas dimensiones que no superan la ejercida por el árabe en España. Esto pareciera ser cierto aun en el caso del acrolecto del continuo lingüístico que se da en Paraguay, según la caracterización de de Granda (1994: 299) que, de acuerdo con lo señalado en 2.3., sería lo que podría llamarse con propiedad español paraguayo.

Por otra parte, lo más probable es que la interferencia de las lenguas indígenas, en la mayor parte de los territorios donde se sigue dando, tienda a disminuir cada vez más con el paso del tiempo a causa de diversos factores, como su retroceso y desaparición y la influencia creciente en las áreas rurales de las variedades que se difunden desde los principales centros urbanos por medio de la educación formal y de los medios de comunicación colectiva. Además, la limitación de la difusión territorial de las lenguas indígenas hace que la influencia se dé como característica de localidades o regiones.

Los hispanohablantes actuales tienen mayor conciencia de lo que es propio de su provincia, de su país o del área geográfica donde éste se sitúa y de lo que es panhispánico y, en las circunstancias apropiadas, saben usar, cada vez más, un español desprovisto de los rasgos más particulares.

#### 4. IMPORTANCIA SOCIOCULTURAL DE LA INFLUENCIA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS

La importancia sociocultural de los elementos indígenas en las distintas variedades del español de América es ciertamente mucho mayor que su cantidad o pertinencia estructural.

El lingüista guatemalteco Demetrio Cojtí Cuxil ( 1990: 14) ha señalado acertadamente:

Entre las funciones culturales de los idiomas Mayas está también la de contribuir a la configuración de la identidad étnica del ladino y de la "identidad cultural" de la sociedad guatemalteca. En efecto, dichos idiomas continúan a conformar el perfil étnico del ladino a través de la marca que imprimen a su literatura y al Castellano que habla.

Aunque no estoy de acuerdo en que sea principalmente la influencia fonológica, léxica y sintáctica de las lenguas mayas lo que caracterice como tal al español de Guatemala y el número de rasgos procedentes de ella que Cojtí cita sea más bien limitado, no pongo en duda su importancia.

Anteriormente cité la opinión de Zamora (1982) según la cual parte de los primeros préstamos que se tomaron de las lenguas indígenas no obedecieron a la necesidad de los conquistadores de llenar lagunas léxicas, sino a la de caracterizarse como poseedores de experiencia americana, esto es, de mostrar una identidad parcialmente distinta a la de otros españoles. Esta función de identificación ha seguido teniendo pertinencia hasta nuestros días y la seguirá teniendo, aunque en general superada por el desarrollo de otros factores que contribuyen a la misma función. El elemento indígena es uno de los que ayuda a caracterizar al español de América frente al de la península, al español de distintas regiones americanas unas frente a otras (por ejemplo, al español de México y Centroamérica frente al de buena parte de Sudamérica: unos decimos *elote* y otros, *choclo* ), al de los distintos países (sólo en Costa Rica se le dice *purruja* al *jején* ) y hasta al de distintas áreas dentro de un mismo país (en Costa Rica, el término *nacume*, de origen chorotega, como denominación del jefe de una cofradía religiosa se usa solo

en la provincia de Guanacaste). En esto juegan un papel importantísimo los topónimos, categoría que, desde otros puntos de vista suele considerarse intrascendente (véase, por ejemplo, Lope Blanch 1968: 38). En todos estos casos no cabe una visión negativa: la lengua se ha enriquecido y se ha vuelto más universal al convertirse en un instrumento adecuado para responder a un mayor número de circunstancias y, también, se ha convertido en un símbolo de nociones como la de nacionalidad, haciéndose merecedora, de este modo, de la lealtad de sus hablantes.

La identidad es, tanto inconsciente como conscientemente, una de las preocupaciones fundamentales de los individuos y de las colectividades y, en la tarea de definirla, unos pocos hechos pueden adquirir una importancia decisiva. Lo que Salas (1996) ha llamado “indigenismo romántico” es una manifestación de este afán. En muchos casos en Hispanoamérica, la búsqueda de una identidad propia independiente de la española hace que se les dé a unos pocos elementos de origen indígena más valor que a una mayoría abrumadora de elementos hispánicos. Simplemente, los primeros, por su naturaleza más local, se sienten como más caracterizadores que los segundos. Lo mismo, de todos modos ha ocurrido previamente en el caso de los pueblos románicos de Europa: más que con los romanos, los españoles tienden a identificarse con los iberos y celtíberos, y los franceses y valones con los galos.

Por otra parte, la problemática de la identidad, muy particularmente en situaciones como la originada por la conquista y colonización de América, está omnipresente y tiene que tomarse en cuenta para efectos de todos los fenómenos lingüísticos y, en general, culturales que se dan a partir del contacto. Fenómenos como el uso de préstamos del español en las lenguas indígenas hasta llegar incluso a la relexificación en algún caso, el reemplazo de lenguas indígenas por el español y la aparición de dialectos étnicos obedecen más que nada a este factor. Al respecto Zimmermann (1992: 24) ha dicho:

Nuestra hipótesis es que en estos encuentros se pone en juego un poco lo que denominamos el deterioro de la identidad étnica. Es decir, en la praxis comunicativa de los encuentros interétnicos, los miembros de las etnias indígenas se experimentan a sí mismos como inferiores, como al margen del derecho, como no personas. Al mismo tiempo, su peculiar comportamiento comunicativo, ya como rutina ensayada en muchos encuentros previos, ya como algo bien aprendido de los mayores, manifiesta la situación del inferior cultural.

Esta experiencia del menoscabo de la identidad y la concomitante creencia de que la cultura y la lengua propias (y uno mismo, mientras sea integrante de esa lengua y esa cultura) valen menos que las otras, llevan, por lo demás a que uno las abandone.

Por medio de la adopción de préstamos del español, el desarrollo de variedades mixtas y de dialectos étnicos, se logra una identidad que es progresivamente menos diferente y, por ello, menos desviante con respecto a la de la etnia hispanohablante dominante. En el último de estos fenómenos se adopta una identidad muy semejante, pero no del todo idéntica. El deterioro de la identidad original indígena, por supuesto, culmina con su reemplazo.

## Bibliografía

- Alonso, Amado. 1953. "Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz." En: Estudios Lingüísticos. Temas Hispanoamericanos. Madrid: Editorial Gredos S.A.
- Chaves Mendoza, Álvaro, Jorge Morales Gómez y Horacio Calle Restrepo. 1995. Los indios de Colombia. Quito: Ediciones ABYA-YALA.
- Cojtí Cuxil, Demetrio. 1990. "Lingüística e idiomas Mayas en Guatemala." En: England, Nora C. y Stephen R. Elliott (compiladores) *Lecturas sobre la Lingüística Maya*, 1-26, Guatemala: CIRMA.
- Constenla Umaña, Adolfo. 1984. "El huetar: observaciones sobre los materiales disponibles para su estudio y sobre las hipótesis en torno a sus afinidades lingüísticas." *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 10 (2): 3-18.
- \_\_\_\_\_. 1985 "Prosodic nasality in Bribri (Chibchan) and universals of nasality". *International Journal of American Linguistics* 51 (4).
- \_\_\_\_\_. 1991. *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- \_\_\_\_\_. 1998. *Curso básico de bribri*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Francis, Susana. 1992. *Habla y literatura popular en la antigua capital chiapaneca*. Tuxtla Gutiérrez: Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Granda, Germán de. 1994. "El español de Paraguay. Distribución, uso y estructuras". En: *Español de América, español de África y hablas criollas hispánicas. Cambios, contactos y contextos*, 288-313. Madrid: Editorial Gredos S.A.

- Grimes, Barbara. 1988. *Ethnologue. Languages of the world*. Dallas, Texas: Summer Institute of Linguistics.
- Hardman de Bautista. 1982. "The mutual influence of Spanish and the Andean languages". *Word* 33 (1-2): 143-157.
- Harris, Alice C. y Lyle Campbell. 1995. *Historical syntax in cross-linguistic perspective*. Cambridge, Nueva York, Melbourne: Cambridge University Press.
- Hockett, Charles F. 1971. *Curso de lingüística moderna*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Hoenigswald, Henry M. 1960. *Language Change and Linguistic Reconstruction*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Lenz, Rodolfo. 1940. "Para el conocimiento del español de América." En: Alonso, Amado y Raimundo Lida (compiladores) *El español en Chile*. Trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz. Buenos Aires: Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana VI.
- Lininger, Barbara (1991) *The Spanish of the Salitre-Cabagra Bribris: Internal Composition*. Tesis doctoral. Florida State University.
- Lope Blanch, Juan M. 1968. *El español de América*. Madrid: Ediciones Alcalá.
- \_\_\_\_\_. 1972. "La influencia del sustrato en la fonética del español de México". En: *Estudios sobre el español de México* 94. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Malmberg, Bertil. 1947. "L'espagnol dans le Nouveau Monde." *Studia Linguistica* 1: 9-116.
- \_\_\_\_\_. 1965. "Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana." En: *Estudios de fonética hispánica* 99-126. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Mántica, Carlos. 1973. *El habla nicaragüense*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Mediz Bolio, Antonio. 1951. *Interinfluencia del maya con el español de Yucatán*. Mérida.
- Montejo, María Elisa. Sin fecha. "El problema etnolingüístico de los betoyes." Informe inédito. Instituto Colombiano de Antropología.
- Muysken, Pieter. 1979. "La mezcla de quechua y castellano. El caso de la 'media lengua' en el Ecuador." *Lexis* 3(1): 41-56.
- Nardi, Ricardo. 1976-7. "Lenguas en contacto: el sustrato quechua en el noroeste argentino." *Filología* (Buenos Aires) 17-18: 131-150.

- Naro, Anthony J. 1978. "A study on the origins of pidginization". *Language* 54: 314-347.
- Payne, Thomas E. 1997. *Describing morphosyntax. A guide for field linguists*. Cambridge, Nueva York, Melbourne: Cambridge University Press.
- Quant, Inés A. de y José Miguel Irigoyen. 1980. *Interferencia guaraní en la morfosintaxis y léxico del español subestándar de Resistencia*. Resistencia, Chaco, Argentina: Universidad Nacional del Nordeste.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. 1990. "La lengua huetar." *Estudios de lingüística chibcha (Universidad de Costa Rica)* 9: 7-64.
- Riley, O.L. 1952. "Trade Spanish of the Piñaguero Panare." *Studies in Linguistics* 2 (1): 6-11.
- Salas, Adalberto. 1996. "El indigenismo romántico. Examen etnolingüístico de una retórica en torno al Quinto Centenario." *Onomazein 1. Revista de Lingüística y Traducción del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile*: 139-151.
- Triana y Antorveza, Humberto. 1987. *Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Wagner, Max Leopold. 1949. *Lingua e dialetti dell' America spagnola*. Florencia: Edizioni Le Lingue Estere.
- Wartburg, Walther von. 1966. *Evolución y estructura de la lengua francesa*. Madrid: Editorial Gredos S.A.
- Weinreich, Uriel. 1963. *Languages in Contact*. La Haya: Mouton & Co.
- Zamora, Juan Clemente. 1982. "Amerindian loanwords in general and local varieties of American Spanish". *Word* 33 (1-2): 159-169.
- Zimmermann, Klaus. 1992. *Sprachkontakt, ethnische Identität und Identitätsbeschädigung. Aspekte der Assimilation der Otomí-Indianer an die hispanophone mexikanische Kultur*. Francfort: Veruert Verlag.

# JÉZER GONZÁLEZ: EL MAESTRO, EL NOVELISTA

*Arnoldo Mora Rodríguez*

La universidad es un conjunto complejo de seres humanos debidamente organizados y animados por una dinámica propia. A esa dinámica la llamamos “vida universitaria”. Parte esencial de la misma la constituyen las relaciones personales, esa amistad que tanto gustaba enfatizar el recordado Roberto Murillo. Por eso, ser universitario es algo más que tener una profesión o actividad laboral; es, ante todo, una forma de vida, una visión de mundo, cimentada en una vocación a la que se dedica la vida entera con pasión y fervor. Es desde la universidad y dentro de la universidad que se asumen todas las funciones como ser humano integral. En esas lides, se adquiere una determinada sensibilidad y se asumen deberes y derechos ante la comunidad nacional.

A quienes así viven se les llama en nuestro medio “académicos” por excelencia. Son hombres y mujeres que han dedicado lo mejor de sí mismos a través de una larga y fecunda vida, al servicio de su Patria mediante lo que constituye la esencia del quehacer universitario: la docencia, la investigación y la acción social. El país conoce no pocos de entre ellos porque su nombre y su obra ha trascendido el claustro universitario, han sido maestros de varias generaciones de profesionales y su producción escrita permanece como uno de los más preciados tesoros de la cultura nacional.

Hoy me referiré a uno de ellos, dado que su muerte reciente ha enlutado a toda la comunidad académica no solo de la Universidad de Costa Rica, sino del país entero. Me refiero al Dr. Jézer González Picado, amigo desde hace mucho tiempo de la familia y colega de la Facultad de Letras. También fuimos compañeros durante la última década en la Academia de la Lengua. Jézer dedicó su vida entera al cultivo y enseñanza de uno de nuestros mayores tesoros culturales: la lengua castellana. Fue un incomparable conocedor de la literatura costarricense y latinoamericana en su

condición de crítico e historiador de nuestras letras. En lo personal, lo que más me impresionaba de su portentosa y legendaria erudición fue su dominio de la gramática española, como lo testimonian sus manuales hoy convertidos en obras de consulta obligada.

Pero ante todo, Jézer fue un maestro en el sentido pleno de la palabra. En las últimas décadas, nadie que se haya graduado en letras en la Universidad de Costa Rica ha dejado de sentir su influencia, pues su huella de maestro le ha marcado de por vida. Su generosidad, su entrega personal y su consejo son desde hace mucho tiempo algo más que una leyenda, constituyen un legado que todos apreciamos como una riqueza invaluable. Es por eso que nunca como en este caso, es cierto aquello de que la muerte física y el hondo dolor que ella nos depara, no impedirá que Jézer González siga vivo entre quienes fuimos honrados con su amistad y su influencia.

Pero honrar la memoria de una figura que se ha convertido en un hito de nuestras letras, no es solo mantenerla viva en el recuerdo y en el afecto, en especial, por parte de quienes han sido sus discípulos o de quienes nos hemos honrado con su amistad, sino, ante todo, sumergirnos en el estudio y disfrute del legado escrito que nos dejó. Un libro no es una cosa muerta, sino un espacio de diálogo con su autor que sigue vivo a través de sus páginas, pues su autor nos sigue hablando más allá del espacio y el tiempo, mientras disfrutamos de su compañía y su palabra.

Una de las cosas que más nos sorprende —y en la vida de Jézer González mucho, por no decir todo, nos causa sentimientos de honda sorpresa— es que, al final de su vida, descubrió la veta de una maravillosa creatividad que, posiblemente, tenía de siempre pero que mantenía oculta y se hizo manifiesta tan solo al final de sus días. La lengua es el instrumento de comunicación por excelencia. Como fenómeno social y cultural, puede y debe ser objeto de estudio, desde el punto de vista formal y normativo, como es el caso de los estudios gramaticales en que, como lo hemos señalado, Jézer fue un erudito, o en los estudios lingüísticos. Pero también la lengua es el instrumento por excelencia para cultivar la creatividad estética. De esta manera, la lengua se convierte en una de las bellas artes cuando expresa nuestras vivencias y experiencias existenciales más profundas. Es entonces cuando hablamos de arte literario.

Uno de los rasgos más impresionantes de Jézer González es que, al final de su vida, a guisa de hermoso legado, nos dejó una serie de manuscritos que configuran una trilogía literaria. Se trata de tres relatos



novelados, uno de los cuales salió de imprenta tal solo unos días después de su muerte. Esperamos que los otros dos sean publicados en un futuro cercano. Mientras tanto y como primicia, podemos deleitarnos con ese Jézer González, novelista y pensador introspectivo, que nos sorprendió gratamente en los últimos días de su vida con una novela corta titulada *Tiempo del Ángel* (editorial Guayacán, San José, 2005). Se trata de una pequeña novela-ensayo de corte existencial, una obra, por ende, producto no de la inspiración o pasión romántica (todo lo contrario, la obra es estéticamente antirromántica) sino que constituye una honda reflexión introspectiva que sigue los lineamientos de la estética existencialista. Es, quizás, la novela más acabada dentro de esos cánones que se haya escrito en nuestro medio. Pero, más que la expresión de una experiencia existencial directa, como suele darse en el arte normalmente, en este caso estamos ante una obra hondamente reflexiva, por lo que tiene incluso rasgos de ensayo filosófico, sobre todo en lo que concierne a las consideraciones sobre la fugacidad del tiempo ( pg.48) que nos recuerdan el San Agustín de *Las Confesiones*.

Viendo cercana la muerte, el autor reflexiona críticamente en torno a su infancia, a la manera como lo hiciera el filósofo y escritor Jean Paul Sartre, maestro por excelencia del existencialismo francés, en su bella obra *Las palabras*. Sin embargo, González no hace de su relato tan solo una autobiografía de su infancia, sino que *Tiempo del Ángel* es también una obra de ficción, una novela corta, como su desenlace lo manifiesta.

Inspirándose en la estética modernista que, siguiendo a los poetas parnasianos franceses, ve en el arte literario una variante del arte musical (“poesía es lo que de música tienen las palabras”, decía Baudelaire), Jézer convierte su obra en una especie de poema sinfónico. Como género musical, el poema sinfónico fue creado por Franz Liszt. Inspirándose en las ideas estéticas de su yerno, el músico y poeta alemán Richard Wagner, quien trasciende la concepción romántica del arte y provoca toda una revolución estética que abre anchurosas las puertas al arte de los últimos 150 años, Liszt desarrolla una concepción no dialéctica del tiempo, sino circular, gracias al leitmotiv.

Los románticos afirmaban que el arte perfecto era la poesía porque, gracias a la poesía, el arte rendía culto y reconocía la superioridad de la palabra como suprema expresión de la razón como afirmaban los filósofos griegos. Esta concepción aparece claramente desarrollada en la estética de Hegel. Shopenhauer, por el contrario, ve en la música la superación de la palabra al llevarnos al éxtasis y, con ello, a lo inefable. Para él, la música es

la suprema expresión del arte y de la vida puesto que solo la música nos da acceso al Absoluto. La música adquiere así una dimensión religiosa, se funda en una experiencia mística, como lo revelan obras de Wagner como *Parsifal*, que más que a una ópera se asemeja a un auto sacramental profano.

La razón fundamental de esta revolución estética estriba en que Wagner introdujo el concepto clásico griego de tragedia. Según esta concepción estético-filosófica, los seres humanos no son libres, sino tan solo ejecutores de roles o papeles que el destino les impone. Los hombre son así víctimas de ua fuerza ciega que los arrastra iremisiblemente haciéndolos culpables sin ser, por ello, responsables. El hombre debe expiar una culpa o falta que no ha cometido. No son sus actos conscientes sino la vida misma concebida ónticamente, la que engendra el mal y hace de la felicidad tan solo una fugaz y engañosa sombra o quimera, quedando en el fondo como herencia o legado de la vida la amarga experiencia de la soledad y el vacío o ausencia de amor y, finalmente, la muerte como destino inexorable. Según Wagner, el héroe trágico es el que asume gozoso ese destino, de modo que la muerte misma no aparece como el doloroso fin de la vida, sino como su culminación orgiástica pues la muerte es parte también de la vida, como lo demuestra Sigfrido, el héroe por excelencia de la tetralogía wagneriana.

Esta concepción constituye un telón de fondo de las concepciones paganas que ven en la creación estética la única respuesta a nuestra condición de seres mortales. Por su parte, la razón, lejos de resolver el enigma, lo hace aún más agudo, como el exceso de luz que, en lugar de alumbrarnos y guiarnos en el tortuoso camino de la vida, nos enceguece convirtiendo su fulgor en tinieblas. Por ende, la vida sigue siendo un enigma que no podemos explicarnos y solo podemos reconciliarnos con la palabra gracias al arte. Únicamente la experiencia estética nos suministra una especie de camino soteriológico frente al estigma del existir.

Esta filosofía de la vida se opone diametralmente a la antropología cristiana, cuya afirmación de que el ser humano solo es culpable si es responsable, dado que está dotado de libre albedrío, parte de la negación del destino en el sentido griego. La libertad caracteriza al ser humano, pues la experiencia existencial por antonomasia por la que el ser humano se descubre como tal, no es estética sino ética. De ahí que el arte se nutra del complejo de culpa y de la imposibilidad de superar la humana falibilidad, lo que no hace sino retornar a la idea de destino generando una tensión dramática que excluye el desenlace trágico, como lo prueban obras como *El condenado por desconfiado* de Tirso de Molina en el teatro o, en la novela, toda la creación de Fedor Dostoyeski y, en especial, *Crimen y castigo*.

En la literatura existencialista del siglo XX, en concreto la francesa, ambas concepciones filosófico-literarias coexisten. Contrariamente a su explícita profesión de ateísmo metafísico, J. P. Sartre está más cercano a la concepción cristiana, concretamente calvinista, al defender una visión rigurosamente ética de la vida que condena toda actitud que no sea la de asumir la entera responsabilidad de nuestros actos. Cuando tratamos de evadir esta responsabilidad, Sartre la califica de “mala fe”, como lo prueba su obra *A puerta cerrada*. Es por eso que lo trágico solo se puede dar más allá de la muerte, es decir, en un pasado absoluto, dado que solo en este nada se puede cambiar. Por el contrario, el otro gran maestro del existencialismo francés, Albert Camus, propende más a la concepción pagana helénica, con lo que retoma la idea de destino. La novela-ensayo *El extranjero* es la mejor demostración de lo dicho.

Lo realmente novedoso en la obra de Jézer González que comentamos, es que ambas concepciones se entrecruzan al enfrentarse en forma crítica el protagonista, el ingeniero Pilín Molina y el narrador, que se convierte en el dedo acusador o conciencia ética del propio autor. Toda la obra no es más que un diálogo o, más exactamente, un monólogo acusador del narrador contra el protagonista y ambos son las dos facetas de la vida de Jézer González. De esta manera, el lector no es más que el mudo y atónito testigo a una especie de juicio que se lleva a cabo en el tribunal implacable de la conciencia de un moribundo. La muerte inminente obliga a asumir esa autenticidad que no es más que lucidez que, a manera de balance definitivo de toda su vida, el autor establece sobre sí mismo. *Tiempo del Ángel* no es más que un canto elegíaco que encierra todo el dolor de una infancia sin madre, pues la literatura existencialista es literatura de orfandad, del padre en el caso de los franceses mencionados, de la madre en el caso del costarricense.

Sin embargo, por tratarse de dos concepciones filosóficamente antagónicas y humanamente irreconciliables, el desenlace debe inclinar la balanza en uno u otro sentido. En el caso de la novela que comentamos, Jézer González el pagano se impone sobre Jézer González el cristiano. La muerte de la mujer amada se da como una tragedia, simbolizando con ello el fracaso de una vida donde el amor no pudo germinar como la semilla en tierra estéril. Con ello, la última y definitiva posibilidad de felicidad se hundió para siempre en las aguas insondables del Mar Caribe en un viaje sin retorno, como el que ahora enfrenta el autor ante la inminencia de la muerte. Sin madre desde la más tierna infancia y llorando la ausencia definitiva de la mujer amada en la madurez de la vida, la atmósfera de un

existencialismo trágico impregna todo este impactante relato novelado, dejando la impresión de que la vida no es más que un destino que ya estaba, como en Edipo, señalado desde un principio.

Pilín Molina nace con el sello indeleble de la tragedia, lo cual explica la forma de poema sinfónico que reviste la obra, dado que su tiempo inmanente no es el dialéctico propio de la forma musical del Allegro de sonata, sino el circular del drama musical del poema sinfónico del romanticismo tardío que recurre al leitmotiv, como en la *Sinfonía Fantástica* de Héctor Berlioz. Ese leitmotiv con que comienza la obra y con que termina y que durante su desarrollo se reitera una y mil veces, es el siguiente: “Los hombres que nacen de pie y lloran antes de nacer, nunca pueden amar” (pg. 82). La soledad es el destino que acompaña una existencia marcada por la tragedia, que no inspira compasión sino solidaridad, porque no encuentra la solución en un amor imposible, sino en la creación estética... Sófocles y Eurípides no dirían otra cosa.

Pero ¿qué valor tiene, entonces, el arte? Freud dice que el arte no es un objeto externo, sino una dimensión de la existencia. Es aquella dimensión que nos posibilita construir espacios oníricamente concebidos. Arte es la capacidad de soñar que tiene el ser humano. Y dado que solo en el sueño el hombre dice la verdad, la verdad de su existencia, solo en el universo onírico el hombre descubre la autenticidad de la existencia, la verdad de su ser-en-el-mundo. Sumergirnos en el universo creado y recreado por la palabra bella, por la literatura, es reencontrar la fuente o cuna de lo humano, existir, es decir, decirnos nuestra verdad, esa que hemos venido construyendo consciente pero, sobre todo, inconscientemente a lo largo y ancho de la trayectoria existencial que ha sido nuestra vida entera.

Es frente al paredón de fusilamiento, como el coronel Aureliano Buendía al inicio de *Cien años de soledad*, que Jézer González redescubre su verdad en la cuna misma que lo vio nacer. *Tiempo de ángel* es un himno patético a la infancia, que se inserta dentro de las novelas ya clásicas de la literatura costarricense que hacen del relato autobiográfico de la infancia el tema de su creación, como es el caso de *Marcos Ramírez* de Carlos Luis Fallas, a quien González rinde tributo explícitamente, o la última obra de Fabián Dobles *Los años, pequeños días*. Oníricamente Jézer González recrea su infancia. Su dolor y su tragedia, su soledad y sus angustias se convierten, como en el caso del mítico Rey Midas que todo lo que tocaban sus manos se convertía en oro, en obra de arte, en ensoñación y embrujo, gracias al arte literario. Porque Jézer González no fue solo un maestro y un erudito, fue en igual medida un creador.

IN MEMORIAM  
JEZER GONZÁLEZ

*Alberto Cañas Escalante*

**M**i relación con Jézer González, ese eminente hombre de letras que ha fallecido ayer, aparte de un conocimiento casual e inevitable en los corredores de la escuela de Estudios Generales desde que yo comencé a enseñar en ella, se cimentó (y admito que por vanidad de mi parte) un día, en 1976, que él me detuvo allí para decirme algo como esto: “Yo nunca había creído en usted como escritor, pero acabo de leer *Una Casa en el Barrio del Carmen* y he quedado convencido.”

Como yo no estaba acostumbrado a escuchar cosas así, y menos en los corredores de aquel edificio, eso me impulsó a complementar el aprecio y admiración un poco lejanos que yo sentía por Jézer González, con una relación de amistad que me propuse cultivar y de la que me he sentido muy ufano a lo largo de los años.

Crítico notable y severo de la literatura costarricense, pocos conocedores de ella existen que se le igualen en eso de haber leído todo lo que hay que leer de ella, y una grandísima porción de lo que no hay que leer. Tenía opiniones concretas y bien fundamentadas prácticamente sobre todo lo que se ha publicado aquí, y sabía colocar comprensivamente cada obra en su contexto histórico, geográfico, social y cultural.

Por otra parte, su labor de antólogo es ciertamente memorable, sobre todo en lo que parece haber sido su mayor afición: el relato breve.

Me he atrevido alguna vez a afirmar que Jézer González, no por arte de birlibirloque sino por arte de su dedicación, vocación y amor, posiblemente conocía todos los cuentos que se han publicado en este país. Y la amplitud de criterio de sus antologías, lo mismo que los descubrimientos de pequeños tesoros escondidos que en ellas hacíamos los lectores, dan fe de ello.

Lo sorprendente en Jézer González es que a un sentido crítico sumamente estricto que no comulgaba con ruedas mediocres de molino, unía una enorme generosidad, y un afán de comprender por qué determinado autor había incurrido en determinado texto que a él no le satisfacía. Por eso, aunque a veces hablaba mal de lo que se escribía, nunca se expresaba despectivamente sobre los que escribíamos.

He hablado aquí del crítico literario. Podría hablar del filólogo, pues los escasos escritos suyos sobre esa materia que conozco, son excelentes. Y no puedo hablar del profesor, puesto que lo que sobre el profesor sé, es lo que he escuchado de labios de quienes fueron sus alumnos y no terminaban de admirar las lecciones de Jézer González.

Los que hemos vivido dentro del mundo de las letras, no podremos conformarnos con esta muerte, por más esperada que haya sido, y es que sabemos que este benefactor de nuestra literatura que se llamó Jézer González estaba destinado a dar todavía más, mucho más de lo que ya nos había dado.

*Publicado en La República, 24 de agosto de 2005.*

# MAESTRO Y AMIGO

*Estrella Cartín de Guier*

**M**E conmovió hondamente ver la fotografía de un niño de doce años, que aparentaba siete, descalzo, flaco y paliducho, quien después de dos décadas llegaría a ser el Dr. Jézer González Picado, catedrático universitario y profesor emérito de la Universidad de Costa Rica.

La foto había sido tomada en Grecia, en una lechería donde realizó sus primeros trabajos. Fue ahí, donde la vida lo puso al lado del Dr. Gil Chaverri quien se sorprendió al comprobar que aquel niño había puesto nombre a todas las vacas, sabía con exactitud la cantidad de leche que cada una producía y guardaba toda esa información en la memoria. Su maestra de primer grado, doña Rafaelita Frutos y el Dr. Chaverri fueron los primeros en detectar el talento de aquel anémico niño. Su brillante inteligencia encontró estímulo en el destacado científico y su esposa quienes se convirtieron en sus maestros.

Su pasión por el estudio surge desde esa época y con enorme esfuerzo va forjando una cultura de autodidacta, la cual completa en las aulas universitarias y corona con una maestría en la Universidad de Chicago y un doctorado en la Universidad de Paris. Hizo del estudio el eje de su vida; su entrega a la investigación y la docencia fue total.

Esto lo abstraía un tanto de la realidad y su distracción llegó a ser proverbial. Contaban anecdóticamente, en la Universidad de Costa Rica, que en una ocasión al día siguiente de haber recibido el cheque de su salario, se presentó de nuevo frente a la ventanilla de pago diciendo que se había comido el sueldo. Ante la sorpresa del empleado, él aclaró que tenía la mala costumbre de llevarse los papeles a la boca y distraídamente lo había hecho con el cheque.

Pero por sobre su talento y su labor académica, que de poco sirven si no están engastados en un hombre de valía, resaltaba en Jézer su calidad humana. Como los grandes, era modesto, sencillo, humilde. Nunca supo de arrogancia y jamás lo envanecieron ni títulos ni reconocimientos.

Su nobleza y gallardía de espíritu se ponían de manifiesto en la virtud que más admiré en él: su generosidad. Su saber lo puso incondicionalmente al servicio de los demás. Siempre anuente a suministrar las fuentes de información y a servir de guía a alumnos y colegas. Se complacía en destacar, sin asomo alguno de mezquindad, los méritos ajenos sin hablar jamás de los propios. Quien se benefició con la tibia luz de su amistad conoció las bondades de un amigo fiel.

Su entereza frente a la vida se puso reciamente a prueba durante una larga enfermedad que soportó con estoicismo.

Recordamos juntos, en sus últimos días, algo que me había dicho siempre: “No hay que dejarse que la vida lo venza”. Lo rescató la muerte, mensajera de la verdadera vida y desde la muerte su huella seguirá viva y todos lo recordaremos como maestro y amigo.



---

Se terminó de imprimir en la Sección de  
Impresión del SIEDIN. Se finalizó en el  
mes de abril de 2006.

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio  
San José, Costa Rica, A.C.

---